

# El militante



## Introducción

*«Ser radical es coger las cosas por la raíz  
Pero la raíz para el hombre es el hombre mismo».* K. Marx.

Nuestro método ha consistido en descubrir primero lo que podríamos llamar la superestructura del partido (ideología, organización, ética), para analizar después su composición social, los diversos grupos humanos que se crean, las relaciones que se anudan entre ellos en el marco del grupo, los intereses que los mueven, etc.

Hemos procedido así porque creemos que un partido es como un edificio que empieza a construirse cuando varios promotores lo deciden. Una vez terminado el edificio se buscan los inquilinos, que deberán acomodarse a las medidas y características de la construcción. Gramsci establece otra analogía, de tipo militar. Distingue en el partido los soldados, los caporales y los capitanes. Estos últimos serían los elementos cohesionados, dirigentes, dotados de iniciativa. Los capitanes, «puestos de acuerdo sobre unos objetivos comunes, no tardan en formar un ejército, incluso allí donde no existe nada.» Así surgen los partidos que analizamos: de la unión de varios «capitanes» que han creado primero la superestructura, intentando luego reclutar un ejército que encaje en esa superestructura. Toca, pues, ahora, tratar de los soldados, ese «elemento difuso de nombres comunes, medios, que ofrecen como participación su disciplina, su fidelidad, pero no el espíritu de creación y de alta organización.»<sup>1</sup>

Normalmente, en este tipo de estudios, se suele vilipendiar a los jefes para ensalzar románticamente a los militantes «de base», esos héroes contemporáneos idealizados por toda una literatura pretendidamente revolucionaria, que necesita crear unos modelos en los que la masa se refleje para poder ser más fácilmente manipulada. A las críticas objetivas suele oponerse el argumento de «la sinceridad de los militantes», lo que reve-

---

1. Gramsci: *Nota sul Machiaveli, sulla politica e sullo Stato moderno*, 1964.

la de nuevo una «separación metafísica entre la organización y sus miembros, entre los «buenos militantes» y los «malos dirigentes»; se utilizan argumentos que se refieren a problemas de personalidad «*para no tener* que plantear los problemas en términos de clase.»<sup>2</sup>

Se impone una desmitificación del militante y del militan-tismo, sin caer por ello en la discriminación sistemática e insultante, al estilo de Carlos Semprún en su ácido escrito sobre la oposición y sus militantes: «... el *militantismo* (forma peculiar de inhibición sexual, sublimación del machismo, a la vez que placer masoquista de la disciplina y el sacrificio)» o bien, «el engendro paranoico llamado militante de base.»<sup>3</sup>

Recordemos una vez más que si bien nos referimos aquí al militante de los partidos marxistas-leninistas que existen en Cataluña, el alcance de nuestro análisis crítico puede extenderse a todos aquellos militantes «que ofrecen su disciplina y su fidelidad», con un candor digno no de mejor causa, sino de una menos ardua.

Estos militantes, como es lógico, se recluían en la sociedad capitalista, y están tarados por los estigmas propios de tal sociedad: falta de iniciativa y de preocupación crítica, espíritu gregario y de sumisión, poca capacidad teórica y de análisis, inseguridad, miedo a la libertad. ¿Pero no es acaso así como quería Lenin que entrasen los obreros en el partido, acostumbrados a «la disciplina y la organización de la fábrica»?<sup>4</sup>

¿Cómo se comportan esos aprendices de robot en el marco del partido? ¿Qué motivaciones les mueven? ¿Qué modificaciones sufren? ¿Cómo viven sus contradicciones? ¿Qué nuevo tipo de relaciones humanas se establecen entre ellos? En una palabra: ¿Qué es y qué significa militar hoy en Barcelona en un grupo leninista a la izquierda del PCE?

Quien profundice un poco se encontrará con una doble sorpresa. Tras la lucha abnegada y a menudo heroica por unos objetivos «altruistas y nobles», buen número de militantes esconden una inconsciente búsqueda de sí mismos. Por otra parte, actuando como lo hacen, soportando una disciplina y acatando indiscriminadamente las consignas, defienden los intereses de la clase burocrática que no coinciden, ya lo hemos visto, con los intereses históricos del proletariado.

Las afirmaciones que se profieran a lo largo de nuestro estudio responden a una experiencia vivida, confrontada y analizada, que

2. *Révolution International*, n° 8.

3. *Cuadernos de Ruedo ibérico*, n° 33-35.

4. *Un paso adelante, dos pasos atrás*. Moscú, 1970.

nos ha permitido estudiar a gran número de militantes cuyas características y origen social son muy diversos. Son impresiones coincidentes de una realidad harto compleja que merecería una consideración más exhaustiva. Creemos sin embargo que, dentro de los límites de este libro, la experiencia de los autores suple con creces los resultados de las socorridas encuestas hechas por los profesionales del magnetófono.

Es un hecho evidente que los trabajadores son reacios a organizarse en los partidos políticos que existen hoy en España. La clandestinidad no es una razón; tampoco la represión lo es, ni las causas que ponen en entredicho la validez universal de los principios leninistas.

Los hombres de hoy no son los hombres de 1917. La sociedad capitalista ha evolucionado enormemente, aunque la explotación siga siendo la base sobre la que se sustenta. Y ese cambio nos concierne, querámoslo o no, a todos los que estamos en ella. Tampoco el Estado moderno es el de los zares en la época de Rasputín, ni la palabra «explotación» tiene el mismo significado que cuando se descubrió la máquina de vapor, ni la clase obrera es la misma que en tiempo de la Comuna. Se habla hoy de las experiencias en la fábrica sueca Volvo, donde se aplica la fórmula del trabajo en grupos, programado y organizado por los mismos trabajadores, con lo que se consigue disminuir el cansancio, se crea espíritu de grupo, se interesa al obrero en su trabajo cuyo resultado ve, se siente menos explotado y, en definitiva, se aumenta sustancialmente la producción<sup>5</sup> Esta experiencia, con ciertas variantes, está siendo aplicada limitadamente en algunas factorías de la Hispano Olivetti. Philips, etc., y el gobierno francés las está estudiando detenidamente. A la corta o a la larga, no muy larga, cabe pensar que empezarán a introducirse en España. No es aventurado pensar, a juzgar por los hechos, que aún entonces los leninistas ortodoxos seguirán basándose en una organización que se inspira en la disciplina existentes en las fábricas rusas en 1900.

El desbordamiento actual de los partidos, por la multiplicación en toda Europa de las huelgas salvajes, los comités o consejos de fábrica y los grupos autónomos, es un hecho que se refleja también en España, donde los movimientos más virulentos y significativos de estos últimos años en el País vasco, Granada, Vitoria, El Ferrol, Vigo, Pamplona, Barcelona, etc., se han desarrollado al margen de las organizaciones políticas clásicas. No vamos a esperar, para sacar las conclusiones que se

---

5. J.P. Dumont: *La fin des OS ?*, 1973.

imponen, a poseer una documentación exhaustiva sobre el tema. Antes de elaborar la síntesis total se necesitan muchos análisis parciales. Nosotros adelantaremos nuestras propias experiencias. Que cada uno aporte sus esfuerzos.

Ya hemos señalado en múltiples ocasiones que la contradicción principal que angustia a los «partidos de la clase obrera» radica en el ínfimo número de obreros que militan en sus filas. La propaganda política clandestina vehicula una mentalidad, un nivel de preocupaciones y un tipo de expresión a los cuales los obreros son impermeables, en su inmensa mayoría.<sup>6</sup>

Es un hecho comprobado que ningún grupo confiesa su carencia de obreros, porque sería tanto como confesar su fracaso, su no reconocimiento por la clase. Recurren entonces a dos falsificaciones. En primer lugar pretenden ocultar el hecho, manipulando los datos. Muchos estudiantes se ponen a trabajar, de manera provisional. Otros, una vez acabada la carrera entran en una empresa como cuadros intermedios e incluso dirigentes. Se ha dado el caso, en varias fábricas de Barcelona, de que la comisión ha cerrado sus puertas a un militante político, por ocupar un importante cargo de responsabilidad en la empresa. Pero en el partido, todos estos militantes más o menos proletarizados se integran en el sector obrero, que hincha estadísticamente sus efectivos. Los militantes pertenecientes por su origen y género de vida a la clase obrera no sobrepasan en estos grupos el 20% del total, en el mejor de los casos (PCI en los años 1969-1971). La segunda falsificación consiste en crearse la ideología que corresponde a esta situación de hecho, para justificar la necesidad, a pesar de todo, del partido. Althusser ha llegado a punto. No se le llama «revisionista», sino que se le califica reverentemente de «neomarxista». Con Althusser la clase obrera deja de ser el sujeto histórico de la revolución. Así, el hecho de que el partido obrero no tenga obreros es secundario, ya que la misión del partido es canalizar la realidad objetiva, para que pueda darse el cambio de estructura necesario.

La valoración del porcentaje de estudiantes es difícil de efectuar a causa de su movilidad e inestabilidad, tanto por lo que respecta a la Universidad como al grupo. Hay que exceptuar a los estudiantes burocratizados, ya que su continuidad está garantizada. Con estas reservas, se puede calcular entre el 30 y el

---

6. Al hablar de esta manera nos situamos en el terreno de quienes con ciben la organización obrera como algo exterior a la clase, con la misión de aportar a ésta, en píldoras dosificadas, los conocimientos que su débil organismo sea capaz de asimilar.

50% el porcentaje de estudiantes activos en un grupo. En la LCR este porcentaje parece ser mayor. Las profesiones liberales, en cambio, ocuparían en BR más de un 30% de los efectivos, mientras en la LCR y en el PCI no llegarían ni al 10%. Hay sectores difícilmente clasificables de estudiantes que dejan de estudiar, por convertirse en «revolucionarios profesionales»; asimismo, una serie de administrativos, cuadros, empleados por cuenta propia, etc., una vez son incluidos en el sector obrero y otras en el intelectual. Finalmente, uno de los estamentos más fácilmente encuadrables es el de los enseñantes (maestros, profesores no numerarios, profesores en academias particulares, asistentes sociales, empleadas de guardería, etc.) que suelen tener un frente de lucha propio, incluyendo la agitación en el barrio. Representan del 20 al 40% de los efectivos de la organización. Estas cifras aproximativas están sacadas de las estimaciones de varios militantes que han pertenecido a los grupos que estudiamos. Todos coinciden en que el elemento mayoritario y dinámico es el de los estudiantes y también, en BR, el de los profesionales jóvenes. No deja de ser sintomático el hecho de que los militantes de más de 30 años pueden contarse con los dedos de las manos. Son prácticamente inexistentes en la LCR y el PCI.

Todo ello implica que en el grupo se reúnen hombres y mujeres de todas procedencias sociales, muy diferentemente motivados, que tienen en común una vaga referencia a la revolución. Su unificación debería hacerse en torno a una ideología y disciplina estables y a una práctica coherente, lo que crearía un «estilo» PCI, LCR o BR. Pero la inestabilidad de la ideología, la juventud e inexperiencia de los cuadros y el oportunismo de la práctica no dan solidez al elemento cohesionador.

Sin embargo, se pueden sistematizar una serie de características comunes, no a los militantes, sino a las relaciones que se establecen entre ellos en el interior de los grupos.

Esta pretensión de revalorizar el elemento subjetivo es lo que anima la segunda parte de este libro.





## I. El factor subjetivo

Si algo temen los ideólogos y burócratas es lo imprevisto. Armados con su ideología marxista-leninista, ningún acontecimiento tiene que sorprenderles. Por eso, no admiten las complejidades de la naturaleza humana. Por mucho que se hable de las relaciones entre psicoanálisis y marxismo, los burócratas prefieren los viejos métodos disciplinarios y las órdenes tajantes. No nos asombra que todos los escritores de política-ficción se inclinen a describir el futuro como un mundo poblado de robots. La deshumanización de las relaciones en el interior del grupo es un fenómeno que salta a la vista y que nadie pretende negar. Se carga a cuenta de la clandestinidad y de la represión y se elude el tema.

En esta parte vamos a restringir el concepto de factor subjetivo a su acepción psicológica. No olvidamos, sin embargo, que el factor subjetivo se refiere fundamentalmente a la intervención consciente de los trabajadores en la evolución de la historia. Por ello, abordaremos ahora brevemente lo que entendemos por «intervención consciente», antes de exponer el resultado de nuestras observaciones y reflexiones.

Los filósofos Lukacs y Korsch, que fueron muy atacados por los marxistas ortodoxos, centraron sus estudios en dos puntos fundamentales: la conciencia de clase y la noción de teoría revolucionaria. Lukacs tuvo que hacerse varias autocríticas y Korsch fue ignorado durante muchos años. Ni las retractaciones de Lukacs ni el ostracismo de Korsch son frutos del azar. La noción de conciencia de clase es uno de los puntos clave de la teoría organizativa de Lenin, es decir, del partido leninista, y cualquier crítica peligrosa para la línea oficial debía ser neutralizada.

Por cuestión de método distinguiremos un doble aspecto del problema, que podríamos desdoblar en estas dos preguntas: ¿Es real la conciencia de clase? ¿Cómo se forma?

La conciencia de clase, como toda forma de conciencia social, forma parte de lo que podríamos llamar «superestructu-

ra espiritual.» El marxismo vulgar ha asimilado esta superestructura a lo aparente, a lo no real. Pero la conciencia, como hemos visto, no es un mero reflejo; podemos apoyarnos en Marx para afirmar la realidad de la conciencia de clase: «Evidentemente, esta conciencia comunista no es el fruto de una reflexión teórica y abstracta de los obreros, sino consecuencia del proceso concreto y práctico de la lucha de clases: es la oposición entre la burguesía y el proletariado lo que engendra las ideas socialistas y comunistas.»<sup>7</sup>

Esta conciencia de clase no es algo trascendente, en el sentido metafísico de cosa abstracta y alejada de la realidad.

«El conjunto de las relaciones de producción forma la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la que se levanta esa superestructura jurídica y política, a la que corresponden determinadas formas de conciencia social. El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de la vida social, política y espiritual en general. No es la conciencia del hombre la que determina su ser, sino por el contrario el ser social es lo que determina su conciencia.»<sup>8</sup>

Pensar que las formas de conciencia social, en particular la conciencia de clase, es pura ilusión inventada por la mente de un ideólogo, es cerrar los ojos a la realidad, a las realizaciones autónomas del proletariado (soviets, consejos) que son la concreción de la conciencia de clase y el camino que conduce a la revolución social, en la línea marxista que afirma: «La emancipación de los trabajadores debe ser obra de los trabajadores mismos.»<sup>9</sup>

Para Lenin, en cambio, la conciencia de clase tiene una realidad, pero lejos de admitir la conciencia como un momento de la praxis, como hacía Marx, la convierte en una *cosa* o suma de conocimientos científicos. La consecuencia inmediata es que, al no poseer el proletariado estos conocimientos sin los cuales no puede emanciparse, necesitan que los intelectuales se los aporten, introduciéndolos en la clase desde el exterior de ella.

«Es el proletariado el que derribará el absolutismo en Rusia. Pero el proletariado necesita para ello un alto grado de educación política, de conciencia de clase y de organización. Todas estas condiciones [...] sólo le pueden venir de la escuela polí-

---

7. Citado por M. Lowy en *La théorie de la révolution chez le jeune Marx*, Maspéro, París, 1970. Existe traducción española.

8. Marx: *Contribución a la crítica de la economía política*, Alberto Corazón, Madrid, 1970.

9. *Preámbulo de los estatutos de la Asociación Internacional de Trabajadores*, 1864.

tica viva, de la lucha y en la lucha, durante la revolución en marcha.»<sup>10</sup>

Estas líneas continuadoras de las de Marx, nos van a servir para analizar cómo, cuándo y a través de qué vicisitudes se forma la conciencia de clase en particular, y todo tipo de conciencia social en general. La conciencia no es un instinto, aunque ciertos marxistas-leninistas lo afirmen.<sup>11</sup> Decir que la conciencia de clase es un instinto es caer en la más pura metafísica de tintes bergsonianos. Decir que la conciencia de clase está latente en la clase obrera como un «fuego débil» que después se animará, tampoco es una explicación científica. Puede sostenerse, en cambio, que esta conciencia latente es una forma de conciencia que todavía no ha alcanzado un nivel determinado. Cuando nosotros afirmamos que la conciencia es algo real, conviene que aclaremos un punto básico: «la conciencia es siempre conciencia de algo», como decía Husserl. Para nosotros, este algo son unos intereses definidos. La conciencia de clase se fundamenta en tener conciencia de unos intereses objetivos. Pero en general, sin referirnos a la clase obrera, tener conciencia de algo significa tener conciencia de un algo en devenir, pues no hay nada estático. La conciencia de la realidad cambiante es una realidad cambiante, es una totalidad concreta en devenir.

Entender la conciencia de clase como una totalidad concreta en devenir, nos permite continuar en la línea de Marx y de Rosa Luxemburgo, en quien nos hemos apoyado repetidamente, a la vez que sentamos las bases para la teorización de una forma organizativa clásica, puesto que los soviets y los consejos obreros han tenido ya un papel importante en la larga historia que lleva a la emancipación del proletariado.

Al considerar la práctica como el camino que conduce y posibilita el conocimiento, se confiere a la conciencia un carácter de clase. Distinguiremos tres tipos básicos de conciencia de clase: la *sicológica*, la *crítica* y la *política*, que son tres fases de la evolución de la conciencia obrera. La división en fases nos ayuda a sistematizar esta evolución dialéctica. La conciencia sicológica de clase marca ya la superación de una indiferencia en el obrero, y por lo tanto el nacimiento del sentimiento de solidaridad. No aparece todavía un sentido de clase definido, pero hay una unión que permite llevar a cabo transformaciones concretas. Se hacen acciones solidarias y, sobre todo, reivindicati-

---

10. D. Guérin: *R. Luxemburg el la spontanéité révolutionnaire*, Flammarion, París, 1971.

11. M. Harnegger: *Los conceptos elementales del materialismo histórico*. Siglo XXI, México 1973.

vas. Estas acciones no tendrán un marco estratégico y serán muy a menudo reacciones ante una opresión cada vez mayor. Este nivel de conciencia representa un paso importante, porque por vez primera el trabajador comprende que tiene unos intereses propios, y por lo tanto comunes a todos los obreros.

Cuando la lucha reivindicativa alcanza un cierto grado, da paso a la lucha contra la represión que supone un avance cualitativo en la conciencia, que se convierte en la conciencia crítica de clase. Durante esta fase el obrero tiene que hacer un esfuerzo intelectual extraordinario, para superar el estrecho marco de su empresa y dar así una respuesta general a todos los problemas que le acucian. Tiene que resolver las contradicciones reales que encuentra. En este largo camino, nada fácil ciertamente, las respuestas que da no son objetivas, en el sentido burgués del término, porque tienen carácter de clase. Esta perspectiva fundamental ya no le abandonará durante el resto de su vida. Todavía no existe en el obrero la voluntad de cambio. Se opone a la realidad social que le envuelve, la odia cada vez más racionalmente a medida que comprende lo que significa esta explotación que le aplasta desde la cuna, pero la rechaza aún de modo individual, pues la oposición colectiva no va más allá del conflicto concreto que la suscita.<sup>12</sup>

Podemos hablar de conciencia política de clase cuando de la oposición se pasa a la voluntad de cambio. Esta superación representa que el trabajador ha dejado de oponerse solo al sistema y se decide a resolver colectivamente la contradicción principal, burguesía-proletariado, en la misma praxis. De la oposición ha pasado a la voluntad de transformación, y no de modo individual, sino organizadamente. La conciencia política de clase es llamada únicamente conciencia de clase, y el camino hasta alcanzarla se conoce con el nombre de «toma de conciencia.»<sup>13</sup>

«Tomar conciencia» siguiendo el avance dialéctico descrito, es un proceso individual. Es el trabajador concreto, por su posición objetiva en las relaciones de producción y a través la práctica que le corresponde, quien alcanza la conciencia política de clase. Pero, ¿es ésta realmente la verdadera conciencia de clase?

### **1. La revolución es cosa de hombres**

En teoría, toda la izquierda leninista se declara defensora fer-

---

12. Estos aspectos se hallan desarrollados en el anexo 1, p. 215.

13. Véase el anexo 1.

viente de la igualdad entre los sexos. No es que dediquen mucho tiempo y esfuerzo a analizar la situación de la mujer en la sociedad capitalista: de vez en cuando un artículo sobre la mujer en el trabajo o la condición de la mujer china, y poca cosa más. Cualquier revista de la acción católica especializada dedica mayor espacio y tiempo al tema, aunque aborde sólo aspectos parciales de la cuestión. Interrogados sobre esta carencia, los militantes responderían que es algo tan elemental que ni vale la pena hablar de ello. «Hoy, dicen, la igualdad entre los sexos es una de las reivindicaciones de los revolucionarios, pero sólo se conseguirá con la victoria del proletariado; es una reivindicación secundaria y subordinada a la toma del poder. Por otra parte, las mujeres alcanzan todos sus derechos dentro del partido de la clase obrera, donde este problema ya está superado». Nada más falso.

Lo primero que sorprende, excepto a las propias mujeres militantes, es que los pensantes y dirigentes de todos los partidos pertenecen al sexo masculino, en una proporción aplastante. El PCE, único partido que publica la lista de los componentes del Comité central, tiene en su máximo organismo a 8 mujeres, sobre un total de 110 miembros.<sup>14</sup> Si la desproporción no es tan elevada en los grupos de izquierda, no es debido a que el número de mujeres es más elevado en la dirección, sino porque hay menos miembros en ella.

No se sabe de ninguna militante española con capacidad teórica reconocida por algún grupo de izquierda. A las que más sobresalen se les considera buenas «repetidoras» y pueden llegar a ocupar un puesto en el buró político o comité central. Pero es bastante raro. Más corriente es que se les confie tareas de organización, en el ejecutivo y, sobre todo, en el aparato.

Es innegable, pues, que la división de la sociedad capitalista —entre el sexo responsable que dirige y el sexo irresponsable que es dirigido— se perpetúa en los partidos, que remiten la liberación de la mujer a la lejana toma del poder. Este predominio del varón en los grupos políticos responde más a una situación de hecho, propia de todos los grupos leninistas, que a una expresión consciente y deliberada de machismo hispánico, pues en los demás países sucede lo mismo.<sup>15</sup>

---

14. *Mundo Obrero*, año XL, n.º 19.

15. En el gobierno central de la URSS sólo hay una mujer entre 57 miembros. En 1965 no había ninguna en el Buró Político del PCUS, y de los 195 miembros titulares del Comité Central sólo hay 5 mujeres (Datos extraídos de Sandor: *Marxisme et révolution sexuelle*, París, 1973.)

La mujer que se incorpora a un grupo político ha estado formada en el seno del capitalismo, cuya concepción del papel de la mujer en la sociedad es de sobras conocida. Si bien se incorporan a la Universidad en un número que se acerca ya al de los varones, las que ejercen una profesión que exija iniciativa y responsabilidad siguen siendo minoría. Se ha comprobado, por ejemplo, que la mujer soporta mal la clandestinidad, que sus motivaciones son más complejas que las de los varones, son más influenciadas por el medio ambiente, arrastran una dependencia ancestral del otro sexo de las que muy pocas logran desprenderse, a pesar de las apariencias. Sus famosas y socorridas «peculiaridades» (subjetivismo, volubilidad, susceptibilidad, etc.), sobre las que habría que matizar mucho, corresponden a ese tipo de taras que sólo desaparecerán en una sociedad socialista, tras largos años de esfuerzos por parte de todos los revolucionarios de ambos sexos. Pero, en todo caso, no impiden una práctica militante real, que supera muy a menudo en combatividad y decisión a la de los hombres. En la mayoría de los conflictos de las industrias textiles, por escoger un ramo típicamente femenino, suelen ser ellas quienes desencadenan y mantienen las huelgas, mientras los hombres actúan a menudo de esquirolas, por estar algo mejor pagados. Un ejemplo reciente lo tenemos en la huelga de la fábrica de tejidos «Petronio», de Barcelona.<sup>16</sup>

#### EL SEX-APPEAL DE LOS LÍDERES

A la hora de la militancia en la base se reconoce, se alaba y se utiliza convenientemente la combatividad de la mujer. A la hora de atribuir responsabilidades, se lamenta que la mujer arrastre condicionamientos nocivos, y se confía en que la práctica revolucionaria de su partido ayudará a las mujeres a librarse de ellos. Pero mientras, como no están facultadas para participar en la dirección, ni ideológica ni organizativa, y te-

---

En Francia sólo 9 mujeres son miembros del Comité central del PCF, sobre 96, y sólo hay una en el Buró político. (Annie Kriegel: *Les communistes français*. París, 1968). En los partidos de izquierda el fenómeno es el mismo. Extractamos de *Politique Hebdo*, n° 28, 11 de mayo de 1972: «En las organizaciones izquierdistas, como en cualquier otro terreno, las capacidades de pensar o de hablar están casi exclusivamente reservadas a los hombres [...] Hay una mujer en el Buró político y un 15% en el Comité central de la Liga Comunista, ninguna mujer en el Buró nacional del PSU, y tres en la Dirección política nacional.» (De una entrevista realizada a militantes del Mouvement de libération de la femme.)

16. «Lunes día 4 [febrero de 1974]. Paro total en todas las secciones (menos en la sección de hombres, unos 20)». *Valles Obrero*, n° 21.

niendo en cuenta que son eficientes secretarias, ¿por qué no emplearlas en las tareas propias de secretariado (archivo, escribir a máquina, picar clichés, etc.)?

No se tiene en cuenta ese mismo condicionamiento burgués en determinados aspectos de la educación recibida, como por ejemplo en el sexual. A este respecto, la dirección de los grupos «sugiere» con insistencia una práctica revolucionaria que exige el abandono inmediato de los tabúes reaccionarios. Esta práctica forzada, a los pocos meses de salir de un colegio de monjas o de vivir el puritanismo pueblerino, es un factor desequilibrante considerable para la mujer, y contribuye a perpetuar su papel de menor en el interior del grupo.

Ha habido intentos recientes en nuestro país encaminados a establecer un nuevo tipo de relaciones sexuales que respondieran mejor a la concepción revolucionaria de la vida. No sabemos de ninguno que haya prosperado, a causa del medio social en el que se desarrollaban. No es en los grupos políticos donde hay que buscar los ejemplos más afortunados de estos intentos, pues la «desmitificación del amor burgués» que les es propia es muy superficial, en la teoría como en la práctica.

Algunas almas bien intencionadas organizaron «cursillos de sexualidad». Pero las acuciantes necesidades imperantes les impidieron demostrar de lo que eran capaces y los cursillos se convirtieron en un prontuario de sexología. Parte de la minoría pensante introdujo hace dos años la moda Reich, pero las burocracias no acabaron de ver clara su utilidad, entra otras cosas porque Reich fue posterior a Lenin. Este, con su célebre frase «ni monje ni don Juan» y alguna observación ocasional en cartas, se quitó el problema de encima, sobre el que tenía ideas más bien conservadoras.<sup>17</sup> Los vacíos de Lenin, ¿quién los llenará?

Los grupos prefieren no dejar constancia escrita de sus ideas al respecto, si las tuvieran, ya que ello pondría en evidencia su práctica, que no defienden ideológicamente con la misma convicción que la realizan. Aparentemente, todos los grupos tienen una postura similar, hartamente conformista —estilo PCE— en ma-

---

17. «Desconfío de los que están constantemente y obstinadamente absorbidos por las cuestiones de sexo, como el fakir hindú en la contemplación de su propio ombligo.» (*Les communistes et la condition de la femme*, París, 1970).

«Deporte, gimnasia, excursiones, todo tipo de ejercicios físicos, intereses morales variados, estudios, análisis, investigaciones, todo ello aplicado simultáneamente ofrece a la juventud mucho más que las relaciones y las discusiones inacabables sobre la manera de «gozar» de la vida, según la expresión corriente [...] Un alma sana en un cuerpo sano. Ni monje ni don Juan». (*Ibid.*)

tena de relaciones sexuales, aunque, repetimos, la ausencia de discusiones y polémicas no permite forjarse una opinión exacta sobre la doctrina oficial de cada grupo. Se trata sin duda de una táctica oportunista, sabiendo que buena parte de la clientela conserva aún ciertos prejuicios en esta materia. Por otra parte, no se quiere chocar con la opinión pública, defendiendo teorías demasiado avanzadas. Y si las teorías no son avanzadas se defrauda a muchos jóvenes que esperan resolver ciertos problemas personales entrando en un partido. Lo mejor, pues, es no definirse.

El análisis de la práctica de cada grupo tampoco nos aporta gran luz, en cuanto que no es la misma en todos los frentes ni en todas las ocasiones. Los BR, tan intelectuales, no teorizan sus comunas sexuales, que tampoco extienden a todos los ámbitos de la organización. Lo mismo ocurre con la práctica del amor libre, actualmente entre paréntesis, del PCI. Sólo en el interior de los grupos existe una prudente campaña oral para establecer un clima de libertad sexual. Los BR se apoyan en la camaradería existente, que convierte las relaciones sexuales en un corolario de las demás relaciones que se establecen en el curso de la militancia. En las comunas sexuales, los cuadros del grupo ayudan a las nuevas militantes a desprenderse de sus complejos burgueses. La explicación del antiguo PCI, también para uso interno, tiene resonancia más proudhoniana: si estamos luchando contra la propiedad privada, tenemos que empezar por eliminarla ya en nuestro partido. Por consiguiente, una mujer no puede ser propiedad privada de un solo hombre. No dejan de ser intentos, con fortuna muy diversa en sus resultados, pero no parece que lleguen muy lejos en cuanto a la construcción de una nueva moral sexual se refiere. Las bases de la atracción sexual siguen siendo las mismas que en la sociedad capitalista. La atracción hacia el líder o el dirigente que sienten las militantes, reproduce el tipo de relaciones burguesas, en las que el triunfador (artista, millonario, famoso, etc.) obtiene más fácilmente el favor femenino. Esto no se modifica en los grupos, entre otras razones porque el líder y el dirigente aprovechan su *sex-appeal* político para asegurarse el apoyo incondicional de sus *fans*, lo que les proporciona, en el interior del grupo, una preponderancia nada desdeñable, por motivos extrapolíticos.

Dado que los problemas psicológicos y sociológicos que plantea hoy la militancia femenina no son resueltos, ni planteados siquiera, por ningún grupo, la militante, si no quiere caer en el histerismo o la frigidez, tendrá que construirse ella misma su propia cobertura ideológica.



Suele ser muy simple. Cree que suprimiendo el maquillaje y adoptando la moda unisex ya ha dejado de ser mujer-objeto. Para ser auténticamente revolucionaria sólo le quedará deshacerse de una serie de complejos y prejuicios, entre los que destaca, naturalmente, el sexual. Perder la virginidad por una causa noble es siempre más digno que hacerlo a causa de un «accidente». Prostituirse con unos revolucionarios no es más deshonesto que ser mantenida por un burgués. El hecho de que medie un contrato ante la Iglesia y/o el Estado —sociedades no reconocidas por los revolucionarios— no modifica el hecho objetivo del matrimonio, tal como se concibe tradicionalmente.

Como se ve, el esquema es sencillo pero coherente, y ningún militante tendrá nada que objetar. Sin embargo, en la mayoría de los casos, la liberación sexual práctica no corresponde a una liberación mental; en todo caso, la mayoría de las militantes ocultan vergonzosamente sus *liaisons*. Y, lo que es más grave, esta liberación sexual práctica no la libera del dominio del macho contestatario. Por el contrario, la supedita aún más al pequeño ghetto, ya que fuera de él sus actos no estarán justificados por la ideología, que sólo tiene vigencia en un ambiente muy restringido. Como ese ghetto está completamente dominado por el sexo masculino, la militante acabará dándose cuenta de que su pretendida liberación sexual no la libera de la dominación masculina, que sigue pesando sobre ella bajo otras formas.

## REVOLUCIÓN Y MENOPAUSIA

La inserción de la mujer en el partido, su eficacia revolucionaria, varía según el estatuto familiar por el que ha optado. La que mantiene lazos familiares estables con el viejo mundo tiene escasa autonomía y pocas posibilidades reales de convertirse en una revolucionaria profesional. Es una situación incómoda que se verá obligada a resolver en plazo breve. En una localidad próxima a Barcelona desaparecieron un buen día media docena de chicas de la JOC. Ni trata de blancas ni fuga colectiva. Tragadas por la revolución. La independencia familiar es la primera batalla que tiene que ganar la mujer militante. La que se decide a romper con la familia suele ser ya «compañera» de algún militante de su mismo grupo. Estas uniones pueden ser exclusivas, en cuyo caso terminan siempre en boda, por razones de orden práctico, u ocasionales, en cuyo caso la militante mantiene una serie de relaciones inestables con un número indeterminado de compañeros, con los que suele hacer sucesiva o simultáneamente vida en común. Cuando llega la edad de la estabilización, entre los 25 y 30 años, se desarrolla

en ella una angustia obsesiva causada por el miedo al futuro, que ve preñado de inseguridad, al mismo tiempo que disminuye su fe en las posibilidades revolucionarias del grupo. Si es raro encontrar una «revolucionaria profesional» de más de 30 años —al revés de lo que ocurre en el PCE, donde lo raro es lo contrario—, es prácticamente imposible encontrar una militante activa de estos grupos que supere dicha edad y que esté efectivamente estabilizada. Buscan entonces, como sea y con quien sea, la seguridad que despreciaron antes. Han retrasado unos años la preocupación principal de las jóvenes y han abierto un camino que sucesivas generaciones deberán ir ampliando.

En general, la actividad militante de la mujer viene puntuada por su equilibrio sentimental. La sensibilidad de la mujer formada en la escuela del capitalismo está mucho más solicitada que la del hombre por la necesidad de cariño individual y de afección constante. El verbalismo revolucionario, el maniobrerismo organizativo o el activismo no constituyen para ella una compensación suficiente, al revés de lo que sucede con la mayoría de militantes del otro sexo.

El matrimonio o el «compañonaje» estable supone en ellas la ocasión de huir de una militancia que ya se iba haciendo onerosa. Si, además, viene algún hijo, de la escapada revolucionaria de la juventud sólo quedarán los recuerdos y una íntima frustración más.

Sin embargo, la presencia de las mujeres en el grupo político es fundamental para su expresión. Un grupo en el que escasease el sexo bello no tendría ninguna posibilidad de desarrollarse, debido a la complejidad de motivaciones que intervienen en las opciones de los candidatos a militantes. Los burócratas, que lo saben, lo tienen en cuenta. El PCI utilizó como «gancho» a alguna militante especialmente dotada por la naturaleza. La popularidad de las comunas sexuales de BR atrae a bastantes universitarios, así como los *parties* de la LCR. En cambio, el puritanismo del PCE le ha valido numerosas deserciones entre la juventud universitaria, que opta por partidos más «alegres».

Como en el grupo los varones son más numerosos que las hembras, en la proporción de 3 ó 4 a 1 se plantean problemas de abastecimiento. Las militantes más comprensivas aceptan satisfacer a varios compañeros, incluso en régimen de poliandria. Pero tal situación suele ser poco estable. Los burgueses celos reaparecen y demuestran que la noción de la propiedad privada está más arraigada de lo que se esperaba.

Por eso, regularizar la situación, recomendando insistentemente las uniones durables e indisolubles, como hicieron los Che-

Cho no es una idea descabellada, considerando la buena marcha del grupo. Ya se sabe que la indisolubilidad del matrimonio y la estabilidad de la familia son los sólidos pilares sobre los que se asienta el orden...

Ni la revolución sexual ni la emancipación de la mujer están, no ya en marcha, sino ni tan siquiera esbozados. La miseria sexual no tiene aún su plan de desarrollo. Se ha avanzado algo, es cierto. Ahora la masturbación ya no se hace en solitario. Además, está ennoblecida por la ideología. Pero una nueva concepción del amor y de las relaciones entre los sexos no va a surgir precisamente de la izquierda española, cuya incapacidad imaginativa no está por demostrar. A lo más que se va a llegar es a la sublimación del «ligue» y a la supresión rápida de las inhibiciones exteriores que arrastran las vírgenes de buena familia.

Sea cual sea la explicación que se adopte para justificar el hecho de la dominación masculina, ésta permanece invariable. Por más equilibrios que realicen los virtuosos de la cuerda floja de la dialéctica, tanto en la vieja sociedad como en la de quienes la combaten, «el hombre es el burgués, la mujer la proletaria.»

## 2. Amigos o camaradas

Si las relaciones entre sexos están condicionadas en el grupo por los mismos fantasmas que habitan la sociedad capitalista, las relaciones entre militantes tienen sus fantasmas propio?. Mientras el sexo iguala con sus exigencias a todos los estratos sociales representados en el partido, independientemente de su función política, las relaciones que se establecen entre militantes varían según el lugar que cada uno ocupa dentro del grupo. Podríamos decir, sintetizándolo en una frase, que la complejidad de las relaciones es proporcional a la de las funciones. Cuanto más se sube en la escala jerárquica del grupo menos valer tiene el código usual de las relaciones amistosas, para dar paso a un nuevo sistema de valores. Hasta aquí sucede lo mismo que en la sociedad capitalista, donde la amistad de la alta burguesía no se rige por los mismos principios no escritos de la amistad entre pobres. Pero las causas varían. Mientras en la vieja sociedad el monstruo devorador de sentimientos humanos es lo económico, en el partido es lo político. Todo se subordina a sus pretendidas necesidades.

¿Oué es lo político? ¿Qué se entiende por «lo político» en el mundillo de los militantes organizados? ¿Y qué uso hacen de este término los burócratas?

Las únicas actuaciones aceptadas en un grupo, incluso a

nivel personal, son las «políticas», es decir, las basadas en intereses superiores y comunes de acuerdo con un sistema preestablecido de ideas. Esos intereses superiores son, evidentemente, los del partido. No hay necesidad de reglamento en los estatutos. La misma dinámica interna del grupo se encarga de deshacer relaciones de amistad que databan de la infancia. La menor discusión seudopolítica tiene repercusiones en el plano personal. Las discusiones en las células y comités pueden alcanzar una brutalidad oral insospechada. En el ambiente morboso de la clandestinidad, cualquier asunto insignificante, calificado de «político» puede parecer decisivo y alcanzar proporciones desorbitadas. Hemos ido delimitando la importancia del término político pero seguimos sin saber lo que es. De hecho, nadie lo sabe, y ello favorece que todo el mundo lo utilice como arma contundente.

Un medio de defensa del militante para no verse englutido en esta lucha de intereses «políticos» es ingresar en una camarilla. Si ésta se asienta en una base natural sólida, por tener un origen más antiguo que el grupo, por ejemplo, puede crear entre sus miembros lazos durables. Pero siempre teniendo en cuenta que los miembros de una camarilla están efectuando, incluso inconscientemente, lo que se llama un «trabajo fraccional», o un «contacto inorgánico».

Así, estas camarillas que han nacido por unas necesidades de tipo humano elemental, se convierten poco a poco en focos de subversión interna que terminarán en escisión. Por eso, los burócratas con experiencia suelen desconfiar de las incorporaciones de grupos numerosos más o menos informalmente organizados.

A menudo, las necesidades de crecimiento rápido hacen perder toda prudencia. Es el caso de BR, que acuciado por su desproporcionado crecimiento estudiantil y pequeño burgués, necesitaba a toda costa dotarse de una base obrera. No desdeñó los buenos oficios de un cura progresista que les pasó un grupo de obreros cohesionados por lazos de amistad duraderos basados en una misma creencia religiosa. La Dirección BR ha introducido en el seno del partido un grupo de presión que sigue cohesionado y que plantea sus exigencias a la burocracia, harto fastidiada de no poder efectuar a gusto su labor de confraternización con el PCE. Este núcleo obrero, unido por lazos más fuertes que los partidistas, está actuando como revulsivo de las contradicciones de BR, y será el motor de su próxima escisión.

## EL PARTIDO: FAMILIA Y CLUB

El tipo de relaciones más fomentado por todos los burócratas es el de la «camaradería», relación que nace de una lucha común en la misma organización. El proceso nace y se desarrolla dentro del grupo. Es, pues, perfectamente controlable por la Dirección, que raramente se verá desbordada por una relación entre camaradas. La camaradería es el espíritu de grupo, ese elemento irracional y primario que la burocracia fomenta cada vez que cree oportuno cohesionar al grupo, sectarizándolo.

La camaradería es un sentimiento inestable y por lo tanto débil. En situaciones de peligro real, por enfrentamiento armado, o en periodos revolucionarios, la camaradería puede convertirse en un sentimiento fuerte. Pero es un caso extremo. Normalmente, la camaradería existe a niveles mucho más superficiales: por defender las mismas posturas en las asambleas y coordinadoras de los frentes de lucha comunes, por verse en las mismas reuniones, por correr los mismos riesgos. Pero la corriente de simpatía que se crea entre camaradas de una misma organización, frente a militantes de otros grupos, desaparece en las reuniones internas, donde la noción de camarada no existe, pues no interviene el vínculo de la solidaridad frente al enemigo común. Aquí intervendrá otro elemento aglutinador: las capillitas, con sus intereses propios.

La existencia de capillitas, en el interior incluso de grupos muy pequeños, significa que los jóvenes buscan en el grupo algo más que la eficacia política. El militante consciente no frecuenta el baile, ni los clubs, ni antiguos círculos de amigos no comprometidos políticamente, etc. Este vacío intentará compensarlo en el grupo, el cual suele estar organizado para actuar de padre, amigo y amante de los jóvenes descompensados afectivamente. Así, según un cliché habitual, los militantes proyectarán en la dirección burocrática la autoridad que les faltó a sus padres. Los camaradas serán los hermanos y amigos, la militante más disponible, su primera novia. El partido es ahora su verdadera familia.

Esa es una carga que el grupo, normalmente, no puede ni quiere asumir. Por táctica, dejará flotar la ambigüedad. Pero sólo ofrecerá disciplina, camaradería y amor libre.

Esta explicación de tipo psicológico, «el partido-padre», merece un estudio serio, pues de tan socorrida está perdiendo contenido. Sin embargo, incluso a los profanos en psicología nos parece evidente que una de las atracciones fundamentales que el partido leninista ejerce sobre la juventud reside en la proyec-

ción que ésta hace en él de todas sus frustraciones infantiles. ¿Cómo se explica, si no, que tantos jóvenes acepten una disciplina que no están dispuestos a admitir en ningún otro terreno? Creemos que el estudio crítico de la izquierda española actual debería ir acompañado de un estudio psicológico de las motivaciones de los militantes. Lenin explicado por Freud. Es urgente.

#### LAS AMISTADES PARTICULARES

Las relaciones amistosas y sexuales entretejen toda la vida interna del grupo, sobre todo a los niveles en los que no interviene aún, como compensación, el ansia de poder. Si fuera posible hacer la historia de estas relaciones en cada uno de los grupos, veríamos cómo la situación práctica e incluso la elaboración estratégica —y, por supuesto, la mayoría de las luchas fraccionales— están mediatizadas, en buena parte, por la complejidad de estas relaciones.

Es preciso rehabilitar lo humano, porque por más que se lo intente reprimir, en favor de «lo político», vuelve siempre por sus fueros. Evidentemente, no se trata de reivindicar el tipo de relaciones humanas existentes en el viejo mundo, como apuntábamos en el capítulo anterior hablando de las relaciones sexuales y de la situación de la mujer. Si allí denunciábamos la perpetuación, bajo otras formas, de la dominación masculina, aquí criticamos el intento de supresión de unos sentimientos que no son burgueses en sí, sino en su forma, como expresión de un contenido determinado. Ignorarlos, o pretender sustituirlos por «lo político», entendido de la manera lo más ambigua y abstracta posible, no resuelve el problema, excepto para las burocracias, claro.

Intentando crear un complejo de culpabilidad en los militantes que expresan un sentimiento o una opinión que no se ciñan al terreno de «lo político», la Dirección emplea las formas que están a su alcance para conducir todas las motivaciones al dominio de su competencia.

Los jesuitas cuentan regocijados que el libro de cabecera de Lenin era *Los ejercicios espirituales* de Ignacio de Loyola, el gran técnico de la manipulación de las voluntades individuales. Fuese o no cierto, es innegable que los medios empleados con éxito por la Compañía de Jesús en sus seminarios y colegios guardan cierta semejanza con los utilizados en los partidos leninistas. Esas «amistades particulares» han sido siempre estigmatizadas por unos y por otros. Los jesuitas las acusan de encerrar elementos pecaminosos. Lo que teme en realidad el «director espiritual» es una pérdida de su influencia sobre la vo-

luntad del dirigido, ya que el influjo que puedan ejercer los «amigos particulares» es susceptible de alterar las relaciones de dominación existentes, fundadas en la necesidad de confiarse, de tener un confidente y un consejero, que pueden ser satisfechos por un amigo.

En el partido, los burócratas sustituyen las «amistades particulares» por los «contactos inorgánicos» y las «ocasiones pecaminosas» por las «tendencias fraccionales». La intención es la misma: hay que evacuar lo subjetivo, es decir, lo personal incontrolable, para sustituirlo por lo objetivo, es decir, la voluntad de quien dirige. Acusar de pecador o de contrarrevolucionario pequeño burgués al que contravenga las órdenes, son dos formas similares de coacción moral que aterroriza a los jóvenes novicios.

El grado de terror que establezca la Dirección variará según su fuerza, así como las modalidades de que se sirva. Más o menos abiertamente, no hay ningún grupo que no utilice esta coacción psicológica, para conseguir el control lo más completo posible de sus subditos.

El intento de objetivizar todas las relaciones que se establezcan, elevando a nivel político cualquier tipo de motivación que se produzca, contrasta con el subjetivismo de las opciones que han decidido a la mayoría de los militantes a escoger el grupo en cuestión. Esta exigencia de objetividad en las motivaciones, sin ofrecer criterios objetivos de referencia, es una de las principales contradicciones de los grupos y una de las que más contribuye a su inestabilidad.

La amistad es un vicio burgués, la camaradería una virtud «política». Un eslogan que tiene su miga.

### **3. Pensantes y ejecutantes**

A lo largo de estas páginas se ha ido poniendo en evidencia que en el grupo existen dos clases de militantes bien diferenciados: los dirigentes encargados de pensar y los dirigidos encargados de ejecutar. Hemos visto cómo esta división no es accidental ni facultativa, sino que constituye la base estructural en la que se apoya el grupo.

La justificación más inmediata de esta división clasista del grupo político es triple. Primeramente, a nivel teórico, se apoya en el modelo y en la doctrina leninista. En segundo lugar, se intenta presentar al leninismo como la doctrina del sentido común y la eficacia. Y, en último término, existe la justificación de los hechos consumados, ya que el grupo se presenta así organizado.

Lenin aplicó en su organización el principio capitalista que más ha contribuido al desarrollo de la producción: la división y especialización del trabajo. También adoptó el correspondiente principio que permitía aplicar esta especialización: una disciplina rígida, tanto más rígida cuanto más desagradable y penoso es el trabajo que toca realizar.

Considerando de cerca la estructura de cualquier grupo leninista, podemos observar los mismos elementos organizativos que existen en una empresa capitalista. Hay un consejo de dirección (comité central), unos ejecutivos o cuadros intermedios (comité ejecutivo), una división de la empresa en secciones, atendiendo a la especialidad y tipo de trabajo desarrollado (comités o células según los frentes de lucha). Y, finalmente, existen los obreros, en número inferior a los elementos no directamente productivos. Por esta razón, su productividad debe ser asegurada, gracias a una dosificación de disciplina, incentivos y amenazas. Los incentivos de los militantes son, en la mayoría de los casos, de orden moral: dedicación a una causa noble, satisfacción personal de luchar por un ideal, de cumplir con su deber, de ser útil a la causa, etc. La disciplina es la de la fábrica, y Lenin no se priva de repetirlo, sin el menor rubor: «El 'Práctico' de la nueva *Iskra*, cuya profundidad de pensamiento ya conocemos, me echa en cara el que yo me imagine el partido como una enorme fábrica con un director, el Comité central, a su frente [...] Preciamente, la fábrica que a algunos les parece sólo un espantajo, representa la forma superior de cooperación capitalista que ha unificado y disciplinado al proletariado, que le ha enseñado a organizarse y lo ha colocado a la cabeza de todos los demás sectores de la población trabajadora y explotada [...] La disciplina y la organización que tan difícilmente adquiere el intelectual burgués, son asimiladas con singular facilidad por el proletariado, gracias precisamente a esta «escuela» de la fábrica.»<sup>18</sup>

#### EL MONOPOLIO DE LA «TOTALIDAD»

Como dice F. George<sup>91</sup>, Lenin considera la organización desde el punto de vista exclusivamente técnico, como si la técnica fuera algo autónomo y separado, como si la organización capitalista del trabajo fuera organización y no capitalista. Así, para Lenin y los leninistas, la técnica altamente desarrollada supone el fundamento de la disciplina que prepara al obrero

18. Lenin: *Un paso adelante, dos pasos atrás*, Moscú, 1970.

19. «Oublier Lénine». en *Les Temps Modernes*, n° 321.



para su papel de militante. Pero la división del trabajo, que fue efectivamente llevada a sus últimas consecuencias por los descendientes de Lenin (el estajanovismo), permite al capitalismo conseguir sus objetivos al margen del control inoportuno de los trabajadores. Gracias a la división del trabajo, el capitalismo atomiza a los proletarios, los aísla, les impide comunicar entre ellos y los aniquila como fuerza. Sólo la Dirección de la fábrica puede reconstruir la *totalidad* del proceso productivo en su esfera propia. Por eso, *la división del trabajo es, ante todo, la prohibición de acceso a la totalidad.*

Las mismas causas producen los mismos efectos, en el partido, donde sólo el Comité central puede aprehender la «totalidad». Los militantes de base aplican unas directrices que vienen de «arriba», sin que la mayoría de las veces conozcan su sentido último. En el grupo, los ejecutantes dependerán siempre de quien domine la totalidad.

El argumento de Lenin, como todos los suyos, es perfectamente claro, lleno de sentido común y dirigido a la eficacia. Pero se trata de un sentido común y de una eficacia según unos criterios capitalistas, que el partido quiere convertir en institución revolucionaria. Cojamos del capitalismo lo bueno que tiene, su eficacia en el terreno de la producción, y tiremos el resto, dicen los leninistas siguiendo a su maestro. Pero, ¿cómo emplear los mismos métodos sin producir los mismos resultados? El marxismo nos enseña que el método es inseparable de la ideología; no existe autonomía para el método. Un método capitalista de análisis de la sociedad será siempre capitalista. El método dialéctico es inseparable de la lucha de clases. El militante, organizado según la estructura capitalista, producirá algo que escapará a su control: la historia, de la que intentará apropiarse la dirección burocrática. Esta dirección jerárquica encontrará así su justificación, al ser el único organismo capaz de aportar al proletariado la conciencia de su fuerza, dándole la noción de la totalidad creada por sus actos, dándole, en definitiva, la conciencia de clase.

Finalmente, hay una razón de tipo existencial que es definitiva. Un grupo se justifica por su existencia como grupo. Es algo así como el huevo de Colón. El grupo surge ya hecho, con su estructura jerarquizada y sus justificaciones ideológicas. Lo demás viene por sí solo: se trata de aprovechar la pasividad del trabajador, tal como ha sido educado por la disciplina fabril. Las repercusiones prácticas en la vida interna del grupo son inmensas. A medida que el grupo se desarrolla, se va precisando el estatuto de los pensantes. Estos no tienen un frente de lucha concreto, ni práctica revolucionaria alguna.

No participan en las manifestaciones ni en las acciones de agitación. Ellos son los únicos auténticamente clandestinos del grupo. Si en algunos casos, como en BR, se sabe extraoficialmente quiénes son los principales dirigentes, éstos no necesitan vivir en la clandestinidad total, ya que no participan en ninguna acción por la que puedan ser juzgados como dirigentes de una organización. Podrán ser multados por haber participado en una asamblea en favor de los derechos humanos, por haber firmado una carta pidiendo la amnistía o por haber participado en una encerrona en Montserrat, pero resultaría difícil para la policía demostrar su carácter de dirigentes de un grupo clandestino, excepto en el caso de que la policía pusiera en práctica los métodos empleados con los militantes de la ETA, lo que por el momento no necesita hacer. Por eso, algunos grupos no tienen el menor interés en provocar tensiones que justifiquen una intervención policiaca a alto nivel, manteniéndose en el límite de lo permitido tácitamente. Pasado este límite, la justicia prescindiría de la ficción jurídica de la prueba, y procedería como con Camacho, único «demócrata» cuya libertad parece inquietar seriamente a los guardianes del orden establecido.<sup>20</sup>

Esta clandestinidad, más o menos profesionalizada según los casos, permite a los pensantes una continuidad en su tarea, mientras que la actividad de base dificulta la reflexión, aunque sólo fuera a causa de la penuria de medios. Un militante que participa en acciones de agitación callejera y en la lucha de empresa, no puede formarse una biblioteca, ni guardar documentos, notas o material que faciliten la reflexión y el estudio. Si su actividad le deja tiempo libre, lo que ya es dudoso, puede leer, pero no realizar un trabajo documentado y profundo. Para poder hacerlo hay que poseer un estatuto especial, que otorgue al pensar la categoría de frente de lucha. Así, se institucionaliza la división entre quienes tienen capacidad, tiempo y medios para pensar, y los simples ejecutantes. Estas dos clases, que viven una realidad diferente en el seno del mismo grupo, necesitan un elemento aglutinador.

Como siempre, la ideología cumplirá este servicio. La biblia inagotable, la más consultada y citada es, evidentemente, el *¿Qué hacer?*, de Lenin. Sólo en el artículo editorial del nº 6 de *Bandera Roja* hay once citas de Lenin, de las cuales seis corresponden al *¿Qué hacer?* El partido bolchevique, jerárqui-

---

20. Este dirigente de las CO fue condenado en diciembre de 1973 a 20 años de cárcel por reunirse con nueve compañeros más. Llevaba varios meses en libertad, después de haber cumplido cinco años de cárcel por motivos parecidos.

co y centralizado, necesitaba crear la ficción de una comunidad de intereses, cuya dirección debía presentarse como colectiva, sin serlo. La clandestinidad y la eficacia establecerían limitaciones al principio democrático, mientras se robustecía el centralismo.

Desgraciadamente, después del XX Congreso del PCUS, los dirigentes de todos los grupos han tenido que resolver el fastidioso asunto del estalinismo, ese hijo natural del centralismo democrático. Los más consecuentes —PC m-1, PCI, BR, MCE y todos los prochinos— se han dado cuenta de que arremeter contra Stalin significaba agrietar los fundamentos mismos de partido bolchevique, que había permitido que tal personaje gobernase sus destinos y los de la Internacional Comunista durante más de 30 años. Así pues, siguiendo a Mao, han defendido la memoria de Stalin y su gestión. Sólo BR, con su característico oportunismo, ha guardado un prudente silencio sobre la cuestión, sin pronunciarse públicamente en favor de tan impopular dirigente. Ni una sola vez es nombrado en los 18 números de *Bandera Roja*, ni, por supuesto, en los demás boletines. Con un asombroso simplismo teórico, pasan del *¿Qué hacer?* de Lenin al *Libro rojo* de Mao, en un salto histórico de medio siglo. Este vacío intentan cubrirlo con el típico recurso al chantaje: criticar al partido bolchevique o a la URSS es reaccionario puesto que es lo que hace la derecha. Cuando los GOA publicaron, los primeros, el *Análisis de la revolución rusa*<sup>21</sup>, todos los bienpensantes del comunismo oficial pidieron la cabeza de sus editores. Los escritos, comentarios y análisis sobre la revolución de 1917 y el estalinismo son sistemáticamente boicoteados, si no provienen de fuentes «seguras». La editorial ZYX, la única que publica textos sobre Cronstadt, la Oposición obrera rusa, etc., es tratada unas veces de anarco-cristiano-sindicalista, y otras de anticomunista financiada por la CIA. BR quisiera parar la historia en 1917, lo que le facilitaría la presentación del partido bolchevique como el artífice máximo y único de la revolución, según la tesis ortodoxa. Los demás grupos, con menos sentido de la oportunidad que BR, intentan defender una causa perdida de antemano. Su defensa a ultranza de Stalin y la reivindicación de su nombre no ha convencido a nadie con una mínima capacidad crítica y de análisis. Sólo ha servido para hurgar en una llaga abierta en el seno del comunismo internacional.

---

21. Edición completa publicada en *Communisme et question russe*, París, 1972.

## PAN Y TOROS

La referencia al modelo leninista se convierte en un argumento de autoridad que exige una hábil manipulación histórica, apoyándose en la censura estatal y, sobre todo, en la inercia mental de la mayoría de los militantes, que se conforman con los *Reader's Digests* que les sirven las direcciones. Es esta inercia, cuidadosamente mantenida, lo que permite actuar con completa impunidad a todas las castas burocráticas. Para ello, el Comité central multiplicará las publicaciones, «cuadernos», números especiales, circulares internas, textos escogidos. La LCR edita el *Programa de transición* y otros textos de Trotski; BR prefiere las biografías de Lenin, pues es un género más popular; el PCI publica por entregas la *Historia del PC de la URSS aprobada por el CC del PCUS en 1937*, y otros textos de ortodoxia igualmente garantizada. Sin llegar hasta los extremos de este grupo en su peor época estalinista, cuando prohibió a sus militantes la lectura de otras publicaciones que no fueran las propias, so pena de expulsión dictaminada por un «tribunal del pueblo», se procura que el militante no disponga de tiempo para leer por su cuenta. Activismo, reunionitis, lectura y discusión dirigida de los papeles propios son los *panem et circenses* de la burocracia, que suelen bastar para mantener a la «base» distraída. A pesar de tales precauciones, una base sin formación política puede llegar a derrocar a una dirección que crea poder prescindir de la cobertura ideológica mínima para justificar sus atribuciones. El *Mundo Obrero Rojo*, año I, nº 1, denota una pobreza estratégica y una incapacidad teórica alarmantes, pero eso no impidió que los teóricos del grupo fueran destronados por una base políticamente analfabeta, cuando se pasaron de la raya en sus arbitrariedades. Si la Dirección se toma la molestia de mixtificar hábilmente sus errores, logrará retrasar el ineluctable plazo del fin de su hegemonía. Uniendo a esto una inteligente política de balanceo entre las tendencias opuestas dentro del grupo, una Dirección puede eternizarse. BR está retrasando la publicación de las conclusiones del Congreso que celebraron el verano de 1973, esperando que se calmen los ánimos y procurando contentar mientras a todas las tendencias expresadas. No se podrá mantener la ambigüedad estratégica indefinidamente, pero durante este tiempo la Dirección de BR puede ir desplazando a los líderes de la oposición de sus feudos de influencia, para luego expulsarlos discretamente.

Las consecuencias de esta división del trabajo para los militantes de base son fáciles de imaginar. Al aprovechar el par-

tido sus tendencias a la pasividad y a la obediencia, éstas se refuerzan, retrasándose el momento de la emancipación de la clase, que según palabras de Marx será obra de los mismos trabajadores. Aunque la pasividad no sea tan completa como los partidarios de la disciplina quisieran —y las luchas de estos últimos años lo demuestran— no es menos cierto que la clase obrera ha sido capaz de realizar los esfuerzos teórico-organizativos suficientes para asegurar la autonomía de esa primera organización de clase existente desde 1939. Nos referimos a las Comisiones obreras. En este sentido, estamos de acuerdo con Claude Lefort, quien opina que el problema de la burocracia no reside en las «direcciones traidoras», sino en la incapacidad del movimiento obrero, en un momento y lugar determinados, para controlar a esas direcciones o impedir su formación.<sup>22</sup>

Sin embargo, las tendencias autonomistas que se están desarrollando en el seno del movimiento obrero, en el seno de las propias CO, dejan presagiar una reacción de parte de la base que podría tener efectos multiplicadores. Los prófugos de los partidos leninistas que son capaces de llegar hasta el fondo de la crítica a la estructura, buscan otras formas de acción y organización. Consejos obreros y autogestión son palabras que empiezan a oírse, y no sólo en los labios de trotsquistas o de otros burócratas con amplio sentido de la oportunidad.

Sin querer establecer paralelismos proféticos, es fácil prever en un futuro próximo— cuando el capital posea los mecanismos que le permitan controlar la apertura política que necesita para su expansión— la división del movimiento obrero en dos tendencias fundamentales: una que albergará a los «marxistas humanistas», así como a los comunistas libertarios, basada en la autonomía organizativa e ideológica del movimiento obrero. Otra, en la que el monolitismo hegemónico del PCE estará compartido, subordinadamente, por los grupos reformistas del momento.

La tendencia antiautoritaria necesita aún tiempo para aclarar sus posturas, reagrupar sus fuerzas y extender el área de su influencia, para impedir que la futura CGT adquiera el casi monopolio que posee en Francia. Por eso, creemos que abandonar el nombre de CO al PCE es un grave error, pues la popularidad de CO supera en mucho la del PCE, que dista de aglutinar las mismas simpatías.

Volviendo al problema que encabeza este capítulo, su resolución no estriba en la construcción de otro tipo de relaciones,

---

22. *¿Qué es la burocracia?*, Ruedo ibérico, París, 1970.

más democráticas, en el interior del grupo, que tiendan a favorecer las iniciativas personales, a impulsar la dinámica interna, a dulcificar las relaciones de dependencia y a imposibilitar la eclosión de una casta burocrática que controle todos los mecanismos del poder. No creemos que esto se pueda conseguir en el marco del partido leninista, ya que la total separación entre la política y la vida es algo inherente a su estructura básica. La profesionalización de lo político como algo «en sí», ajeno a lo que constituye la existencia cotidiana, favorece la hegemonía de los personajes que disponen de más tiempo para dedicar a la «política». Es el problema de los permanentes o liberados, ya sean burócratas o ideólogos, ya sean simples administrativos o funcionarios sin poder, pero unidos en sus intereses materiales (conservar el empleo) a la clase dirigente. Es decir, en vez de extenderse, impregnando todos los aspectos de la existencia, lo político se separa, se especializa, se profesionaliza.

Este tema fundamental de la separación entre la política y la vida, convendría que fuera profundizado. Los escritos de la Internationale Situationniste han aportado puntos de vista originales e interesantes. Sin embargo, no habría que pensar que esta separación sea el fundamento del centralismo democrático. Más bien se trata de una consecuencia.

## II. El retrato robot

Aunque la ortodoxia pretende que el partido iguala en su seno a todas las clases, fundiendo a obreros e intelectuales en el crisol único de los auténticos revolucionarios, la realidad es más compleja. Por una parte, cada militante entra en el grupo con sus características propias, como es obvio. Por otra parte, también las motivaciones son diversas, y guardan una relación difícil de precisar con respecto a aquéllas. Es decir, que hay tantos tipos de militantes como combinaciones puedan establecerse entre los elementos que integran la personalidad y los que fundan las motivaciones.

El grupo, es decir, sus dirigentes, intenta establecer una uniformidad basada en la disciplina y la ideología comunes. Pero no todo el mundo entra en el molde. Por eso, pretender establecer unas características comunes, típicas, que sirvan para las tres categorías principales de revolucionarios que se dan en las organizaciones —obreros, universitarios e intelectuales— es empresa aventurada, más anecdótica y aproximativa de la realidad que demostrativa de una tesis cualquiera. Sin embargo, nos ha sorprendido siempre que las posibles combinaciones que podían darse se limitan, en la práctica, a algunos tipos muy reducidos cuyos elementos constitutivos fundamentales son el origen social, la intencionalidad y las posibilidades que les ofrece el grupo para la consecución de sus fines, declarados o inconscientes.

Existe un estilo obrero de militancia, así como uno estudiantil y otro intelectual. Su coexistencia en el seno del mismo grupo supondría una garantía de universalidad. De hecho, siempre se impone el estilo universitario, con falsos tintes obreristas. La importante labor que podrían realizar los intelectuales revolucionarios no es aprovechada por ningún grupo, en parte para no empañar el carácter obrero con el que quieren presentarse, en parte a causa de la falta de confianza del intelectual en su papel como intelectual revolucionario, y, sobre todo, por no haber resuelto el movimiento obrero el problema de su organi-

zación y el de las relaciones que establece con otras clases sociales.

Los retratos que ofrecemos a continuación, sobre los tres tipos básicos de militantes son, pues, puramente anecdóticos, y los ofrecemos a guisa de ilustración.

### **1. El militante obrero**

Una razón selectiva, perfectamente lógica, ha modificado el aspecto del proletariado en Cataluña. La afluencia masiva de emigrados del sur y del centro de la península, analfabetos muchos y sin especialidad profesional todos, favoreció la promoción de los trabajadores autóctonos, que pasaron a ocupar los cargos de cierta responsabilidad o especialización, mientras los recién llegados ocupaban los puestos inferiores. Al tener que trabajar 12 y 14 horas para subsistir, no les era fácil adquirir una capacitación.

La clase obrera catalana está así dividida en dos comunidades separadas por la lengua, la categoría profesional y el lugar de residencia. Si es raro encontrar a un «charnego» (vocablo despreciativo con el que se designa a los inmigrantes) como jefe de taller o de sección, es casi imposible encontrar a un catalán como peón de la construcción o como especialista en Seat. Barrios como los de La Mina o Pubilla Casas no albergan muchas familias catalanas. Aunque las fricciones nunca han sido enormes, no deja de subsistir un cierto espíritu regional que sirve de catalizador de las virtudes propias. Por lo que a nuestro tema se refiere, nos basta señalar que el talante revolucionario del obrero inmigrado es radicalmente diferente del obrero catalán, más conservador éste, por pertenecer al grupo de los obreros privilegiados.

La categoría de los administrativos comprende a los hijos de inmigrantes que «tienen estudios», y a los hijos de obrero" catalanes que hace treinta o cuarenta años hubiesen aprendido un oficio en un taller mecánico cualquiera. A pesar de cobrar sueldos inferiores a los de muchos obreros a prima, estos proletarios de cuello blanco están imbuidos de una cierta «dignidad», inculcada por la clase dominante para poseer mano de obra adicta. Por una serie de pequeñas ventajas secundarias, más aparentes que reales (no ensuciarse, manejar el bolígrafo en vez de la lima, cobrar por meses, etc.), la clase dominante ha conseguido abrir una brecha importante entre los explotados. Y la mantiene ofreciendo mayores posibilidades de integración a los elementos no productivos, inculcándoles una escala de valores en la que nociones tales como «consideración»,



«respeto», «educación», «cultura», etc., reemplazan una remuneración suficiente. No hacemos más que recordar hechos universalmente conocidos.

Esta división de la clase obrera no es reciente, pero sus efectos son tan positivos que la patronal ha intentado establecer otras divisiones, multiplicando las categorías, los puestos de trabajo, variando los salarios dentro de una misma categoría, etc. En Cataluña, la división entre manuales, administrativos y cuadros medios está agravada por la elección deliberada de los obreros de habla catalana para los puestos de más responsabilidad. No existen, que sepamos, estadísticas del origen regional de los trabajadores que se han declarado alguna vez en huelga en Cataluña, estos últimos años, relacionándolas con el censo total. Serían muy instructivas y nos aclararían bastante sobre la combatividad del obrero catalán contemporáneo.

Por eso, aunque todos sean obreros y explotados, su reacción ante la injusticia no es la misma. Privilegiados por decisión magnánima de la empresa, decidida *en particular* con cada uno de ellos, los administrativos y cuadros medios no esperan que la solución de sus problemas provenga de una acción colectiva. Prefieren confiar en sus relaciones dentro y fuera de la empresa, en su experiencia, en su competencia, en su buena conducta, pero raramente en los efectos de una acción solidaria. Sólo cuando se consideran postergados por la empresa, con respecto a otros compañeros que han hecho mejor carrera, se unen a una empresa común. Y la terminarán por su cuenta tan pronto como la empresa trate en privado con ellos, prometiéndoles avances y honores. El caso de los cuadros intermedios es un caso de desclasamiento. Si objetivamente se acercan a la clase obrera a causa de la proletarización creciente, subjetivamente siguen unidos al capital.

#### EL LÍDER OBRERO Y EL OBRERO-LIDER

X es hijo de obreros catalanes. Desde los 15 años trabajó en la fábrica donde estaba empleado su padre. La formación adquirida le sirvió para ser admitido como aprendiz en una fábrica importante. Hacia los años sesenta, X es captado por el dinamismo de la JOC. Poco a poco, este movimiento apostólico se va politizando y se convierte en un campo abonado para el reclutamiento de militantes, por parte de los grupos políticos y sindicales clandestinos que existen entonces. X y algunos compañeros más de la fábrica, muy influenciados por un militante jocista, empiezan a militar en uno de estos grupos, que intentaba conciliar marxismo y cristianismo.

Vienen las huelgas de 1962. El grupo cae y X pasa una temporada en la cárcel, que es su universidad. Aprende ávidamente todo lo que le enseñan y adquiere el sentido de la universalidad que le faltaba. En adelante, tendrá siempre en su casa un «mapa mundi» en el que banderitas rojas señalan los países socialistas. Del marxismo retiene el esquema del mecanismo de la explotación. El leninismo le inculca su necesidad, que acepta sin profundizar más. Sin embargo, admira a dos viejos anarquistas de la fábrica, que le narran glorias pasadas. Aquellos métodos directos «le van» más que los conspirativos, lentos en el actuar y largos en el discutir.

1964-1966 son años de calma. Los grupos se reorganizan, débiles para actuar y sin estrategia adecuada ni ideas claras sobre el camino a seguir. El Régimen tira adelante su plan de desarrollo y la clase obrera experimenta una notable mejoría, desde el punto de vista económico. X no se pliega a la inactividad, y actúa por su cuenta, siempre que puede. Lo echan del partido por indisciplinado, pero la medida no le afecta mucho. Sigue actuando a nivel de empresa. Es el líder natural al que todos aprecian.

En 1966, el resurgimiento de las CO da una perspectiva organizativa a su trabajo de empresa, siendo la suya una de las primeras en poder organizar una comisión fuerte. X es el nexo de unión entre los diversos grupos que coexisten difícilmente en la fábrica. Cuando a causa de su creciente actividad será despedido de la empresa, la comisión se divide y se desmorona. X, buen operario, no tarda en encontrar trabajo en un taller de cien trabajadores, donde nunca había pasado nada. A los dos meses ha creado una comisión, a los cuatro comienzan los paros y las huelgas; la empresa tiene que ceder pero despide a X, que empieza a ser conocido en el «medio». Tiene amigos en todos los grupos y en todas partes, que le hacen la corte, para captarlo o por lo menos para utilizar su prestigio. X no dice que no a nadie, y tres grupos se adjudican, simultáneamente, su domesticación. Pero X está obsesionado por la unidad del movimiento obrero, sin que llegue a discernir la causa de tantos partidismos. Sin embargo, se da cuenta de que el escenario es siempre el mismo. Cuando un grupo es pequeño y dispone sólo de una plataforma estudiantil, parece que también el problema de la unidad sea su preocupación vital. Si consigue extenderse un poco, captar algún obrero, darse a conocer por algunas manifestaciones callejeras espectaculares, ya se cree con fuerzas para fundar una nueva coordinadora de CO, dominada políticamente por él. El problema de la unidad deja de ser una urgencia; la acción a ultranza, una vez cumplida su

misión publicitaria, da paso a la inevitable labor de estructuración interna.

X se hace cada vez más reticente y los grupos pasan a criticar su «anarquismo pequeño burgués». X sigue aferrado a los principios que aprendió en la cárcel y confía en que alguna vez se creará el partido salvador de la clase obrera. Mientras, concentra su actividad en CO, creando comisiones en todas las empresas por las que pasa, inculcando siempre su obsesión por la unidad. Por no coordinarse con una de las tres tendencias existentes en CO, su comisión de empresa se coordina con las tres simultáneamente con la intención de unificar todas las tendencias. X sigue sin analizar los presupuestos políticos de la división del movimiento obrero, que él se imagina puramente coyuntural. Ha creado dos comisiones más, en sendas empresas por las que pasó, y no concede gran importancia a la labor de las burocracias.

Z es un inmigrante joven que vive «de patrona» y trabaja en una empresa de más de mil obreros. Le gusta el fútbol pero no rehuye las discusiones sobre temas más elevados, que a menudo inicia él mismo. Cuando se crea la comisión en la empresa, un compañero le invita a asistir a las reuniones. Z destaca rápidamente por lo acertado de sus intervenciones, así como por la responsabilidad y seguridad que emana de su persona. Pero Z tiene que incorporarse a filas.

Cuando vuelve la empresa ha dejado de ser la balsa de aceite que era antes. La comisión se ha afianzado, ha expulsado a los legalistas y conciliadores y se ha planteado la lucha directa contra jurados y enlaces, gente cuyo prestigio databa de los tiempos difíciles, pero que se había dejado comprar por la patronal. Pronto Z se convierte en el líder reconocido por todos. Su voz estentórea, su recia constitución, su inteligencia, su valor, su sencillez y sus planteamientos justos lo popularizan, a medida que la lucha se hace más áspera. En estos momentos, Z es contactado por varios estudiantes leninistas que quieren organizar un nuevo partido. Le proponen cursillos para la comisión, así como ayuda material para imprimir y distribuir las hojas que la comisión necesita, para la formación de piquetes, para la organización de manifestaciones de apoyo, etc.

Z se sentía atraído por la tendencia autonomista que empezaba a desarrollarse entonces en Barcelona. Pero la tentación de la eficacia inmediata es muy grande. Acepta la ayuda y paga la cuenta. Los estudiantes pasan a dar cursillos a la comisión de la empresa. Se hacen «amigos» de los principales responsables. El mundo de los revolucionarios profesionales es

fascinante, atrayente. Z entra en el grupo, que le pasea por todas las reuniones, se convierte en el delegado del sector obrero y tiene acceso a cargos superiores.

Z va perdiendo el espíritu crítico inicial que le llevó a oponerse a las directrices de los altos mandos en más de una ocasión, incluso en materias tan importantes como la relativa a la táctica del partido en las elecciones sindicales. Concede menos importancia a las contradicciones esenciales que antes veía en el grupo. Ahora es un personaje con autoridad. Su nombre está ligado al del grupo, y el del grupo al suyo. Le han hecho creer que puede participar en la marcha de la organización, como si el comité central no estuviera dirigido por el núcleo fundador, que no pierde ni la mayoría, ni el monopolio ideológico, ni los contactos, ni el control del aparato.

A Z ya le han echado de dos empresas, pero no por crear una comisión o por plantear problemas al patrono, sino por prestigiar a su grupo. Z tendrá cada vez más dificultad para encontrar trabajo. Pero el grupo le reserva un puesto de permanente, para aprovechar su popularidad.

Z cree que es marxista-leninista por elección y convicción. De hecho, ha leído muy poco de Marx y de Lenin y nada de los demás pensadores que ha tenido el movimiento revolucionario. No es imposible que a estas alturas Z recupere su capacidad crítica, pero será difícil mientras *beneficie* del leninismo, que le da poder.

Estos dos retratos no agotan, ni mucho menos, toda la galería. No tienen ni siquiera un valor demostrativo. Sin embargo son típicos. El primero es el militante. Acusado por sus detractores con el mote de «sindicalista», en realidad es un hombre que tiene en cuenta las etapas que deben recorrer los trabajadores medios para alcanzar el último nivel de conciencia. Sin olvidar ninguna de estas etapas, las recorre todas rápidamente, con una capacidad pedagógica que sólo puede conferir el haber pasado antes por ese mismo proceso. Es el maestro de la escuela primaria que deja en sus alumnos el gusto del trabajo, sin preocuparse por orientarles hacia una especialización determinada, que él mismo no posee. Atrae precisamente por su ausencia de sectarismo, por su naturalidad. Es uno más, sin pretensiones extrañas ni consignas que aplicar a rajatabla. La escasez de militantes de este tipo, que suelen pasarse enseguida al profesionalismo, es una desgracia para el movimiento obrero español.

El segundo retrato es el del líder obrero de una organización política. Es el hombre de acción investido de repente por

una misión que sobrepasa sus fuerzas. Es el representante de alguien que le ha otorgado esa misión y que, por consiguiente, le dirige. El líder de un partido clandestino es un hombre que está siempre en falso, haciendo ver que escucha a los demás y que sólo intenta expresar sus deseos, cuando en realidad está cumpliendo los deseos de otro muy ajeno a aquella lucha en concreto y a la lucha de la clase obrera en general.

Z, al ser militante de un grupo secreto, se convierte en un personaje misterioso, con conexiones y responsabilidades de las que no puede dar cuenta a nadie, lo que a la larga empaña la confianza que los compañeros han depositado en él.

### **MASA SE OPONE A ÉLITE**

Al lado de estos dos casos, existe una mayoría de militantes obreros que no comprenden nada en los debates teóricos, ni intervienen conscientemente en la marcha del grupo. Si se han adherido a una organización política ha sido por amistad o confianza hacía la persona que se lo ha propuesto; ese criterio de adhesión a una persona más que a una teoría perdurará en ellos a lo largo de su militancia en el grupo. Estos militantes son muy numerosos en el PCE, abrumado por el peso de burocracias venerables e inaccesibles que nivelan la base y favorecen una rutina gris. En los grupos a la izquierda del PCE todo es más nuevo, más provisional, y el terreno es más favorable para que florezcan las «genialidades». Estas, sin embargo, son la excepción. La regla es el militante que va haciendo lo que le dicen, acudiendo a las manifestaciones convocadas por el grupo, a las reuniones de célula, cotizando, distribuyendo algunos boletines entre sus amigos de confianza, en fin, llevando una militancia discreta. Estos militantes, repetimos, son los que constituyen el grueso de la tropa en el PCE, que los absorbe tal como son, sin exigirles más de lo que están dispuestos a dar. Es la militancia de los mayores de 35 años.

No hay sitio para el militante «normal» en los grupos donde sólo cabe la profesionalización o la dedicación exclusiva. Para estos militantes se montan las organizaciones de masas, estrechamente controladas por el grupo. Hay que tener en cuenta que siempre que un leninista habla de organización de masas, la palabra «masa» la usa por oposición a la de «élite» —que se supone organizada en el grupo político— y no porque la organización reúna efectivamente a las masas. Este carácter fascista de la separación élite-masa está insuficientemente encubierto por la ideología, por más que exalte a las masas como motor de la historia. Ello da lugar a curiosas simplificaciones y a

usos abusivos de los términos. Una asamblea general de «sectores», organización de «masas» de BR, logró reunir a 170 personas de Barcelona y su provincia, según noticias proporcionadas por los mismos organizadores<sup>23</sup>. Pero si de estas 170 personas descontamos los «observadores» (militantes BR de otros frentes de lucha), los comisarios políticos, y los militantes rasos del grupo, todos ellos «élite» por el hecho de estar políticamente organizados, quedan reducidas las «masas» a unos niveles numéricos posiblemente inferiores a los de la «élite».

El paso de masa a élite radica exclusivamente en dos condiciones: dedicación plena y aceptación íntegra del programa. Este segundo punto no ofrece muchos reparos al militante, que poseerá otras motivaciones más personales para su opción, a las cuales nos hemos referido muy a menudo. Las direcciones lo saben y reaccionan ante este hecho de diversas maneras:

—Unas lo admiten y se aprovechan de ello, impidiendo que la base participe en discusiones de fondo que puedan surgir en la Dirección, ofreciendo por adelantado la solución correcta, introduciendo motivos de orden sentimental, tales como la unidad en peligro, la traición posible, etc.

Es una actitud que el PCE ha convertido en clásica. Cuando el caso Claudín, por ejemplo, la mayoría del Comité central, opuesta a la tesis de este antiguo dirigente, organizó un referéndum entre la base del partido, cuyos términos exigían una adhesión incondicional y ciega a la postura mantenida por el secretario general y su camarilla, para justificar la expulsión que se preparaba, sin considerar en lo más mínimo el fondo del asunto. La información que llegaba a las células precisaba sólo que había que condenar las tesis erróneas de unos dirigentes del partido, porque atentaban contra la línea oficial y ponían en peligro la unidad. Se supo después que en Cataluña sólo dos militantes pidieron leer esas tesis antes de condenarlas. Un porcentaje tan débil de rebeldes es un éxito para el método empleado normalmente en el PCE, que se funda en crear el hábito de la obediencia y no el de la reflexión, utilizando en su lugar las pulsiones sentimentales básicas.

—Otra postura consiste en rechazar el subjetivismo como base de las opciones y discutir interminablemente sobre cualquier cuestión. Esta es la regla en los grupos de corte trotsquista, aunque los burócratas, alegando la clandestinidad, imponen también su censura en los temas que juzgan peligrosos para su *status*. Se habla incluso de reuniones maratón de 15 horas seguidas. En la práctica este excesivo purismo resulta

---

23. *API*, n° 17.

poco rentable. La historia de la IV Internacional es una prueba de ello. Además, estas discusiones se especializan de tal modo que sólo una minoría puede seguirlas o participar en ellas. Los demás deberán optar sin comprender, con lo que se vuelve a abrir la puerta al subjetivismo.

—Finalmente, hay una actitud intermedia que consiste en no admitir en teoría unas motivaciones que no sean puramente políticas, aprovechando en la práctica las debilidades que favorezcan a la camarilla dirigente. Es la técnica de los BR, especialistas del *public relations*, que saben cuándo basta con adular y cuándo conviene dar un poquito de poder. Hacia mediados de 1973, por ejemplo, la dirección de BR estaba muy preocupada por proporcionar razones teóricas convincentes que justificaran su participación en la Asamblea de Cataluña. La razón es que algunos obreros de esta organización, en contacto constante con otros militantes más radicalizados, eran sensibles a las críticas, de derechismo que se aplicaban a su grupo a causa de esta postura. Y sorprendieron a la Dirección con un ultimátum: o se iban ellos de la Asamblea de Cataluña, o la base se iba de BR. La Dirección, desautorizada en una cuestión de tanta envergadura optó por una solución jesuítica: no irse para no perder autoridad pero boicotear la buena marcha de las reuniones para provocar su expulsión. La Asamblea de Cataluña, concedora del *impasse* en el que se encontraba la burocracia BR, no cayó en la trampa, y el grupo tuvo que salvar el bache apelando a la disciplina.

Resumiendo, hay diversos tipos de militantes obreros que exigen diversos tipos de «tratamientos». La habilidad de los dirigentes de una organización consiste en saber aplicar a cada uno la terapia que mejor le conviene. La inflexibilidad de los principios es una actitud suicida, a la que sólo hay que apelar en último término. El oportunismo es la única salida que permite seguir adelante. Mientras no pierdan las riendas, los burócratas deben ir soltando lastre. Cada militante debe encontrar en el partido lo que busca en él: los débiles, seguridad y protección, los solitarios, amistad; los timoratos, confianza en sí mismos; los extrovertidos, actividad; los místicos, redención del pasado burgués; los culpabilizados, justificación de sus faltas; los fuertes, poder, etc. Sólo los auténticos militantes, los que buscan sacar a la clase obrera de la explotación a la que está sometida, no se encontrarán satisfechos en el marco de un partido leninista porque la obsesión de la lucha de clases no es lo que distingue a esos grupos. Los militantes de valía excepcional no permanecerán tampoco mucho tiempo en el partido, porque el partido

igualada, y la igualdad suele hacerse al nivel de los mediocres, decapitando a los que sobresalen.

## 2. El militante universitario

A pesar de que el movimiento estudiantil parece tener —y muchas veces tiene— un aire despreocupado y «deportivamente juvenil», sus acciones y movilizaciones permiten en ciertos momentos hacer repercutir a nivel ciudadano un conflicto obrero localizado, y alcanzar en virtud de su dinámica propia cotas elevadas de movilización y de lucha. Por la peculiaridad que le confiere su situación dentro de una dictadura, el movimiento estudiantil español tiene una importancia política directa.

Por otra parte, la Universidad, lugar de «trabajo» del militante estudiantil, es un pequeño laboratorio en el cual nacen y mueren partidos, se experimentan líneas políticas, se ejercen los militantes en la dialéctica, etc.

Una introducción al movimiento estudiantil debería tener en cuenta desde el principio dos hechos que lo configuran y le confieren sus principios característicos: la discontinuidad de la enseñanza, con las largas vacaciones que aislan a los estudiantes y parcelan la lucha, y el origen de clase del estudiante, fuente constante de inevitables contradicciones. Consecuencia importante de estos dos hechos es la típica periodicidad del movimiento estudiantil, con sus flujos y reflujos en la actividad revolucionaria. Si, por ejemplo, durante el curso 1972-1973 Barcelona fue una punta avanzada del movimiento, al año siguiente ha estado muy apagada, mientras otros distritos universitarios (Valladolid, Santiago) han ocupado el lugar de vanguardia.

Para el trabajador la toma de conciencia es algo interno a su propia condición. En cambio, en la Universidad no aparece con evidencia que el estudiante sea un explotado. La explotación que pueda sufrir está totalmente mistificada, su percepción presupone ya un alto nivel de conciencia política.<sup>24</sup> El análisis de la condición de estudiante no es más que el *punto de partida* para llegar a rechazar la sociedad capitalista. Pero este punto de partida es *ideal*, es la formulación a *posteriori* para explicar de un modo correcto la militancia estudiantil.

---

24. En una reunión entre universitarios y obreros, uno de éstos preguntó a los estudiantes las razones de su militancia, pues no entendía cómo siendo los privilegiados de la sociedad luchaban para destruirla «Al fin y al cabo —concluyó— vosotros ¿en qué estáis explotados?» Tras un momento de silencio un estudiante le respondió que ellos se sentían explotados.... sexualmente.



No es un punto de partida *real* del estudiante hacia su concienciación, pues lo real es la *motivación*.

Sin pretender ser exhaustivos, podríamos decir que el idealismo es una motivación primaria importante, que se concreta en la idea de servicio y se apoya en una nueva mística: el pueblo en unos casos, las masas en otros, la clase obrera de mono azul en todos. Falsos sujetos de la historia, en su simplificación, pero nuevos dioses a los que servir abnegadamente.

Las motivaciones más peligrosas son siempre las que se fundamentan en las contradicciones personales. Huir de la monótona vida estudiantil, sin alicientes, con el estudio de materias carentes de interés, el ambiente de sumisión familiar, o de dependencia económica, la pasividad general, porvenir ya trazado. La salida es la militancia en un partido que le ofrece todo lo que le falta en la universidad y en la familia: emociones, peligros dosificados, ámbito para desarrollar su sentido de la responsabilidad, nuevas experiencias y poder. No todos los estudiantes humanamente mediocres se compensan con la militancia, pero su número es lo suficientemente elevado como para dejar en minoría a quienes militan por motivos más auténticos.

#### COMITÉS DE CURSO Y MÉTODOS DE LUCHA

Desde que el movimiento estudiantil superó la etapa reformista; caracterizada por la vigencia del sindicato democrático como organismo de masas, cada año se plantea cuál debe ser la organización unitaria. Y si frente a CO la actitud de los partidos varía según las fases de *su* evolución, frente a los CC varía cada año, ya apoyando la organización unitaria de lucha, ya intentando hundirla.

En el curso 1971-1972, el PCE, junto con BR y algunos militantes independientes crearon y propagaron en muchos cursos y facultades un tipo de organización unitaria que agrupaba a los estudiantes más avanzados de cada curso. Era una forma organizativa inspirada en las CO, también clandestina y coordinada por facultades. Fue el curso de las jornadas generales —decididas todas burocráticamente— contra la represión, por la amnistía, proSeat. semana antiimperialista, etc. Los militantes del PCE actuaban como si se tratara ya de preparar unas elecciones libres, vendiendo su propaganda abiertamente, haciendo públicas llamadas a la lucha por la democracia, prescindiendo de las más elementales normas de seguridad, etc. En los CC han participado forzosamente, como fase transitoria hacia el sindicato democrático, por lo que prescinden de los acuerdos unitarios en cuanto

pueden, para proclamar sus consignas y su doctrina. Es famosa la asamblea general de CC que se llevó a cabo en el curso 1971-1972, en la cual la mesa, constituida por dirigentes de los dos partidos reformistas (PCE y BR), negó la posibilidad de hablar a muchos militantes de CC, reservándose más de media hora para que ambos grupos pudieran hacer su propia propaganda. Al año siguiente, la participación del PCI y del MC, equilibrando las fuerzas, dificultaría la repetición de este tipo de maniobras sectarias.

Pero en aquella época, 1971-1972, el PCI intentaba hundir los CC, porque se trataba, según ellos, de una organización reformista. Cuando al curso siguiente cambiaron de opinión, fue el PCE el que se mostró reticente frente a CC, prefiriendo promocionar unas comisiones públicamente elegidas en las asambleas. BR siguió apoyando CC, aunque retrasó todo lo que pudo la formación de un organismo coordinador.

El curso 1973-1974, durante el cual el movimiento estudiantil ha sido muy débil en Barcelona, quedan pocos grupos que apoyen decididamente la formación de CC. El MCE es su principal defensor, y el PCI actual está básicamente por Comisiones culturales.\* BR trata de implantar sus «sectores» en la Universidad, apareciendo y desapareciendo a discreción del organismo superior de CC. El PCE, apoyado por algunos trotskistas, sigue soñando con el sindicato democrático.

La conclusión, tan rápida como la anterior exposición, sería que el movimiento estudiantil está muy lejos de poseer una organización autónoma. Cuando el equilibrio de las fuerzas políticas ha permitido la creación y estabilización de los CC, estos han sido una organización unitaria, pero no una auténtica organización autónoma, cuyos planteamientos políticos anticapitalistas le permiten tener una convergencia política con el movimiento obrero. El problema de fondo, que no abordamos, sería analizar si es posible que el movimiento estudiantil, por su misma naturaleza, pueda poseer una organización de este tipo.

Si las asambleas tienen en el movimiento obrero gran importancia, por facilitar la participación y la dirección de la lucha a todos los trabajadores, siendo una forma espontánea de funcionamiento de la clase, en el movimiento estudiantil las asambleas responden casi siempre a una convocatoria burocrática. Si han cerrado una facultad, si ha habido una movilización obre-

---

\*. «Todo lo que favorezca la unidad es bueno. Ahora menos que nunca es el momento de perderse en discusiones peregrinas sobre si es mejor ésta o aquella organización». *Mundo Obrero Rojo*, 3 de mayo de 1974.

ra, si hay que dar respuesta a algo, el primer paso es convocar una asamblea general o por cursos. Los estudiantes, que no estaban al corriente de lo ocurrido o que estaban luchando por suprimir un examen, por ejemplo, se encuentran de pronto con que esta lucha es relegada y que ahora hay que movilizarse por lo de Vigo, Seat o San Andrés. El estudiante «medio» va sacando los bofes a remolque de los acontecimientos más dispares, pero considerados «aprovechables» por los grupos. Unos destacan en su propaganda contra el juicio 1001, otros en las protestas por la ejecución de Puig-Antich, otros son los campeones de la antiselectividad, etc. Ningún grupo es capaz de hacer una crítica de la vida cotidiana, que conduzca a unos planteamientos políticos radicalmente anticapitalistas y que ofrezca alternativas a un movimiento que se cuece en su propia salsa.

Los militantes de partidos no suelen ver en las asambleas el principal organismo del movimiento estudiantil, con capacidad decisoria, sino un mero instrumento de movilización y una adecuada plataforma de propaganda para su grupo. Por eso, no se preocupan de elevar por otros medios el nivel de conciencia política de los estudiantes.

Algunas veces las asambleas tienen éxito, es decir, los estudiantes participan activamente, llegándose a conclusiones operativas. Los «dirigentes» no salen entonces de su asombro al ver los grupos de trabajo que surgen y las realizaciones que se llevan a cabo. Después vendrá el reflujó, la pasividad cotidiana, y serán incapaces de consolidar lo adquirido. Para capitalizarlo, los grupos intentarán otras luchas y asambleas artificiales, cuyos resultados serán decepcionantes a la corta y contraproducentes a la larga.

## LA GUERRA DE LOS MANIFIESTOS

En cada asamblea general que se haga, alguien intentará hacer aprobar un manifiesto. Por desgracia la aprobación o elaboración de un manifiesto no refleja el nivel de conciencia política en aquel momento. Aquí radica la importancia del manifiesto; si se logra introducir más o menos veladamente tal o cual consigna, o expresarse en términos de «fascismo» en vez de «franquismo», o viceversa, se ha ganado una importante batalla política, pues significa la demostración de que la política propia es la que marca la línea actual del movimiento estudiantil. De ahí, la proliferación de manifiestos. BR y PCE son los más hábiles en convertir una asamblea general en un referéndum a favor del manifiesto elaborado por ellos. El método consiste en hacer aprobar el manifiesto en una Facultad en la cual ten-

gan plena hegemonía. Entonces, el manifiesto se convierte en el «Manifiesto de la Facultad X». Se distribuye y se intenta imponer en otras Facultades, con fortuna diversa. Actualmente, este tipo de maniobras son cada vez más difíciles, pues se ha abusado de ellas.

Lo mismo ocurre, a otra escala, en las Reuniones generales de Universidades (RGU) de toda España. Por supuesto, la base estudiantil ni se entera, pues la clandestinidad juega un importante papel en el tinglado. En el curso 1971-1972, hubo varias RGU, con sus respectivos comunicados. Solían convocarse por sorpresa, según el siguiente procedimiento: un militante de uno de los grupos hegemónicos anunciaba que le había llegado de Madrid la convocatoria de la RGU. Cuando se reunía la coordinadora de <CC la reunión ya se había celebrado. Gracias a los buenos oficios de los grupos con eficiente burocracia, CC de Barcelona habían sido representados por tal o cual delegado de Facultad, quien, «casualmente» había tenido noticias de la reunión. Ya sólo queda desautorizar lo hecho, lo que sólo se hará en aquellas Facultades en las que no dominen ninguno de los dos o tres grupos que se han puesto de acuerdo para organizar la RGU a su modo.<sup>25</sup>

Las manifestaciones son hoy el punto culminante del movimiento estudiantil. En el ánimo de los más conscientes, una manifestación supone siempre un avance en la conciencia política de sus participantes. Para los responsables políticos, la

---

25. He aquí copia de un documento de denuncia de la última RGU: «Los comités de curso de la Facultad de Medicina, reunidos en asamblea, decidimos denunciar los siguientes hechos ocurridos en nuestra facultad respecto a la Reunión general de Universidades (RGU): 1°. Carecer de invitación ignorando hasta el momento de quién es la iniciativa. Sólo se ha dicho que partía de dos organizaciones políticas. 2°. La convocatoria de una reunión amplia que tuvo lugar el jueves a la que ya debían asistir 4 representantes de cada facultad (luego fueron más). Nuestros Comités se enteraron de este hecho el día anterior en la Coordinadora de distrito. 3°. La precipitación con que se ha convocado esta RGU siendo prácticamente imposible una discusión a fondo de todos los Comités en torno al contenido y representatividad de la reunión. 4°. Las Facultades que deberían ir, cómo se deberían elegir los representantes a la RGU, el orden del día... no se ha discutido en la Coordinadora de distrito debido a la precipitación de los hechos. Denunciamos pues la marginación expresa que han sufrido Comités de Curso y consideramos que no puede haber verdadera representación del movimiento estudiantil de Barcelona sin representantes de Comités de Curso como tales. Hacemos un llamamiento a todos los luchadores del distrito a que se unan en una única organización para luchar por todos los problemas que tenemos planteados los estudiantes Barcelona, 5 de abril de 1974. Asamblea de Comités de Curso de la Facultad de Medicina de Barcelona».

manifestación es un momento importante del activismo que ocupa a los estudiantes y les impide ocuparse de construir su propia línea política, por lo que la propuesta por el partido servirá siempre de base de discusión.

Las manifestaciones no suelen ser casi nunca analizadas públicamente, ni en la forma ni el fondo. Existe una cierta rutina tácitamente aprobada por todos. Por ejemplo, el lugar de la manifestación no puede ser un barrio obrero, porque los estudiantes que consiguiesen llegar a la cita se perderían al disolverse la manifestación. Se conoce el caso de varios militantes de la LCR que fueron a tirar octavillas delante de una fábrica de Cornelia, que fueron cogidos al llegar la policía porque se metieron en una calle sin salida. Por esta razón, la mayoría de las manifestaciones se realizan en el centro de ciudad, en el terreno de la burguesía.

La participación de los militantes de partidos tiene sus peculiaridades típicas. Los del PCI y MC suelen ser los «duros» de la manifestación, siempre dispuestos a enfrentarse con la policía. Los trotsquistas, con su propaganda propia, rompiendo la unidad del movimiento, ocultan su escaso número tras el humo de los *mólotov*. Los anarquistas, con su bandera negra, perseguidos por los estalinistas del PCI; los BR, cada vez menos partidarios de la violencia, filmando la manifestación, moderna forma de «capitalización» por la imagen. Los del PCE, muy agrupados, gritando sus consignas e increpando a los que van tirando piedras a los Bancos.

Y la policía, con equipos especiales de la Marina, fotografiándolos a todos.

Es imposible trazar una tipología aproximada del militante universitario, por lo que los casos que presentamos no tienen validez universal. Pueden servir, si acaso, como acercamiento a las características psicológicas de este ente escurridizo que es el estudiante politizado.

«X» estudió en un colegio religioso y la tradición católica de su familia influyó poderosamente en él. Seminaristas progresistas le confirmaron lo que se preguntaba últimamente: ¿Es posible ser revolucionario y al mismo tiempo católico? En la Universidad conservó su fe que le impulsaba a luchar por «una sociedad más justa», noción que con el tiempo fue precisando en el sentido de un socialismo «humano». Es un militante aplicado, serio, respetado. Pero sigue teniendo un pensamiento idealista. Cree que para derrotar al franquismo basta con que todo

el mundo se una en un amplísimo movimiento popular, del que sólo estarían excluidos unos pocos oligarcas. Le es difícil comprender qué es la lucha de clases y cuáles son sus exigencias, aunque cree que armado con el método marxista ya tiene la suficiente comprensión de todas las cosas.

«X» piensa que debería organizarse para ser eficaz. Pero su sensibilidad repudia las manipulaciones, la falta de democracia, todo lo sucio que hay en el mundillo politizado con el que se codea. Su lugar está, evidentemente, en BR, donde la aureola de sus dirigentes católicos le deslumbra. Pero considera que no se preocupan mucho de la unidad, y su sectarismo no le atrae, Acaba de leer el último Garaudy y ve en el socialismo de autogestión la sociedad realmente «justa». Sin embargo, los grupos que defienden esta estrategia en Cataluña son obreristas y partidarios de una política de clase que «X», pequeño burgués, se niega a aceptar como propia. Sigue militando como independiente, intentando radicalizar las «Comunidades de base», que utiliza como plataforma de acción general y de información. Últimamente ha decidido entrar en la Asamblea de Cataluña, en el grupo de los «no alienados».

Ya en el instituto, «Y» se distinguió por sus ideas socialistas, tan vagas como sus pretensiones artísticas. Lo único evidente era su gusto por el activismo. En la Universidad no duda en incorporarse al grupo más activista del momento. «Y» se transforma completamente, abandona sus aficiones artísticas y su ética se reduce al axioma «el fin justifica los medios». Abandona la casa paterna, donde la coexistencia se ha hecho imposible, Durante un año se dedica al activismo más desenfrenado: asaltos, «recuperaciones», panfletadas. A pesar de su suerte, es detenido por la policía. «Y» aprovecha su reposo forzoso para hablar con los presos de otros grupos y hacer un análisis crítico de su actuación durante un año. Se da cuenta de que en vez de encontrar la «liberación total» ha sido un instrumento en manos del partido, y se siente reflejado en el sectarismo de sus compañeros de cárcel. No se asusta por estos descubrimientos, y, consecuente con ellos, cuando es liberado publica con otros compañeros un panfleto contra la ignorancia, la falta de imaginación, la rutina de los «políticos». Cae en un anarquismo romántico, se une con una compañera y se droga de vez en cuando. Vive sin pretender salvar al mundo, abandona la Universidad y viaja. Actualmente está preocupado por las comunas, como posible alternativa a la familia. Vuelve a interesarse por el arte, como expresión revolucionaria.

«Z» es una joven militante de Filosofía y Letras. Idealista, participaba ya en el movimiento de bachilleres revolucionarios, distinguiéndose por su valentía y por su buena voluntad. «Z» confía en todo el mundo y todo el mundo confía en ella. En el Instituto un compañero le presentó a dos dirigentes de un grupo estalinista, que le explicaron las razones profundas por las que ella luchaba, con lo que su acción adquirió toda su dimensión. Agradecida, entra en el partido, donde sólo encuentra camaradas amables, idealistas abnegados. En la Universidad, un militante con experiencia le explica toda la historia del grupo al que ella pertenece, sus luchas internas por el poder, los cambios súbitos de estrategia, el papel de la burocracia y la ignorancia de la base frente a todo ello. Hace poco que «Z» está en el partido y no sabe defenderse. Por otra parte, lo que el otro le dice le permite atar algunos cabos sueltos. «Z» sigue en el partido pero con los ojos muy abiertos, exigiendo al enlace cuentas de todas las decisiones del ejecutivo; impone en la célula la discusión de la línea del grupo, formula críticas y espera la respuesta de la Dirección. Se convierte en una camarada incómoda dentro del grupo, pero en la Universidad sigue figurando en primera línea, tanto en las manifestaciones como en las asambleas. «Z» no abandona el partido, pero el voluntarismo sustituye a la fe inicial.

«A» es un estudiante de buena familia. Cursa su bachillerato interno en un colegio religioso de la Bonanova. Pero como la moda ha sido siempre una razón suficiente en la burguesía, en la Universidad decide hacerse ateo. Sigue con poco entusiasmo la misma carrera de su padre, pero un día descubre que su vocación no está en el estudio monótono sino en la actividad revolucionaria, en la que se inició por espíritu deportivo. A la hora de escoger partido se deja aconsejar por sus antiguos condiscípulos más íntimos, en los que siempre ha confiado. El partido espolea sus cualidades para la acción y «A» es pronto conocido y admirado. Tan conocido que debe cambiar de Facultad y tan admirado que va escalando peldaños dentro del grupo. «A» se profesionaliza y es encargado por el partido de asegurar la coordinación interfacultades. Es un burócrata eficiente, pero los años pasan y «A» debe abandonar las aulas sin poseer título alguno. Afortunadamente, la familia está bien relacionada y lo colocan bien. «A» no abandona la militancia. Al salir de la oficina se cambia de traje y se va a un barrio periférico, a dar cursillos y a las reuniones de vecinos, como técnico urbanista. Echa de

menos el activismo de antes, pero en el partido todos los militantes son igualmente revolucionarios. Además, él tiene elevadas responsabilidades en el grupo y en la vida profesional. Importantes reuniones le comen ahora el tiempo.

### 3. El militante intelectual

La palabra «intelectual» es una palabra que ha tenido la vida difícil, a causa del pertinaz obrerismo, tan arraigado en nuestro país. En labios de un obrero el término adquiere un tono casi insultante, en todo caso despreciativo, y se refiere siempre a todo el que se mueve en el terreno de lo abstracto y vago, así como a aquel que no trabaja en serio, es decir, que no ejecuta un trabajo manual. Pero un obrero que lee a menudo, aunque sólo sea el periódico, y que por esa razón aparece distinto a los demás, será calificado también como intelectual por sus compañeros. Resumiendo, en su acepción vulgar, intelectual será todo aquel capaz de reflexionar, de manejar conceptos abstractos.

En los grupos de izquierda, donde *el* obrerismo es siempre de buen tono, se ha extendido esta acepción simplista.

Podría pues decirse que intervienen dos elementos en la composición del concepto de «intelectual». Uno objetivo, que supone esa capacidad para manejar conceptos abstractos, fruto de una formación universitaria de tipo humanista y otro subjetivo, que supone que el intelectual cumple una función que le permite utilizar y desarrollar sus cualidades, es decir, que ocupa un puesto de ideólogo. Esta descripción amplia no solventa todos los problemas, pues en la moderna sociedad industrial aumentan las especializaciones y categorías intermedias, dificultando la clasificación.

En nuestro país, una persona que posea las características enumeradas más arriba (capacidad para reflexionar y manejar conceptos abstractos) ha cursado estudios superiores, o es un caso raro de *self-made-man*. Se trata, en general, de personas que tienen un origen social elevado y que pueden aspirar a sacar provecho de una sociedad que está gobernada por los de su clase, para la defensa de sus intereses.

Sin embargo, un cierto número de estos privilegiados dedica sus esfuerzos y su preparación para ayudar a quienes luchan contra sus intereses. A veces, por motivos de orden religioso u otros, el intelectual burgués, para ponerse en paz con su conciencia y ser consecuente consigo mismo, decide unirse a la causa que considera más justa, alineándose con la clase explotada. Se les llama idealistas, pero en realidad han rechazado



el idealismo de la ideología dominante y han captado la realidad de las luchas de clases. Otros, ante la imposibilidad de encontrar un trabajo en el que puedan desarrollar sus capacidades, buscan una ocupación en la que ejercer sus dotes organizativas, su iniciativa y sus aptitudes para la acción. Son los tecnócratas, para quienes lo fundamental es «su» organización. Marx explica la traición del intelectual por la descomposición de la clase dominante, que obliga a la parte más radical de la misma a unirse a la clase revolucionaria, la única clase con porvenir, capaz de dar una respuesta total a los problemas que suscita el capitalismo. Para Marx, el paso de la minoría burguesa más consciente a la causa del proletariado, anunciaría las primicias de la victoria socialista.<sup>26</sup>

A nuestro parecer, en este punto Marx peca un poco de optimismo, pues no analiza el poder de recuperación de estos intelectuales invadiendo el campo obrero con unos métodos importados de la burguesía, impregnados de tradiciones parlamentarias, que desvían la lucha radical del proletariado.

Cambiar de clase, proletarizarse de una manera auténtica y definitiva es práctica y teóricamente imposible. Se puede adoptar el estilo (trabajo, vivienda), participando incluso en los condicionamientos sociológicos (explotación, miseria). Pero hay una tradición cultural clasista que es imborrable. Y por más que se la entierre, siempre queda en reserva la posibilidad de volver al seno de su clase. La misma satisfacción íntima de saber a cada momento que se ha optado conscientemente por la clase explotada, le está vedada al auténtico explotado. La diferencia es enorme.

Es esa diferencia cultural la que marcará las fronteras, incluso en el caso extremo de los intelectuales que adopten las condiciones más desagradables de la explotación obrera: trabajo fatigoso y mal remunerado, vivienda superpoblada y ruidosa. La actitud de estos intelectuales parecerá inmediatamente sospechosa, y se la considerará con prevención. Cuando hayan demostrado activamente su adhesión a la clase, esa primera desconfianza caerá, pero dará paso a otra, a la desconfianza que proviene de una cierta incapacidad para comprender un acto de este tipo. El revolucionario obrero lucha por su liberación y la de su clase. Es un egoísmo legítimo, sin posturas místicas de servicio o ayuda. En cambio, el intelectual, ¿qué es lo que quiere?

Esa confianza en cuanto a la pureza de sus intenciones va acompañada de otra, que pone en duda la radicalización de su

---

26. *Manifiesto del Partido Comunista.*

actitud. En caso de «mal dadas», el hijo pródigo sería de nuevo recibido en el seno de su clase. Y finalmente, hay que añadir a estas desconfianzas el saludable odio de clases, que a veces es difuso o inconsciente, pero que otras veces se expresa crudamente. Se está al acecho de cualquier gesto o fallo que traicione su origen. Esta constante suspicacia obliga al intelectual que quiere desclasarse a caricaturizar su personaje, fumando celtas, profiriendo tacos sin ton ni son y vistiendo poco menos que como un sucio mendigo.

De hecho, la mayoría de burgueses que se pasan al socialismo militante no renuncian a todas las ventajas que su origen social les proporciona. Casi todos siguen conservando sus empleos de sociólogo, economista, profesor, abogado, etc. Bien remunerados y con horarios flexibles, tienen tiempo libre para dedicarse a la subversión, que empieza cuando su trabajo profesional termina. Justo es reconocer que algunos ponen en juego sus empleos e incluso su libertad física.

Por otra parte, su estilo de vida suele estar en flagrante contradicción con las ideas revolucionarias que predicán. Como decía un humorista, a los hombres de izquierda les gusta el buen coche tanto como a los de derecha; la única diferencia es que no lo limpian, para que no se diga.

#### EL EJERCITO BUROCRÁTICO DE RESERVA

A pesar de que el obrero tenga razones para mantenerse un tanto escéptico en cuanto a la autenticidad y continuidad de estos tráfugas burgueses, no tiene más remedio que aceptarlos, porque desempeñan una función que ellos, los obreros, están actualmente imposibilitados para llevar a término. O por lo menos eso es lo que creen.

La lucha contra la sociedad existente se hace en el marco de la sociedad existente. Los más capaces para impulsar esa lucha y obtener ventajas parciales son, evidentemente, aquellas personas que conocen mejor a la clase dominante y pueden emplear sus mismas armas, cuyo manejo ha estado vedado a los proletarios: el diálogo político e ideológico, la especulación financiera, en definitiva, la asimilación a la vieja sociedad. De hecho, cuanto más crece un partido u organización obrera, más necesidad tiene de los intelectuales y más reformista se vuelve.

Con Lenin se institucionaliza esta necesidad que tiene la clase obrera de recurrir a los intelectuales, ya que sin ellos los obreros son incapaces de alcanzar una conciencia socialista y revolucionaria, pues para Lenin la conciencia de la clase obrera pasa a

través del intelectual burgués, quien de esta manera se convierte en una pieza indispensable del proceso revolucionario.<sup>27</sup> Se comprende fácilmente que los intelectuales burgueses, cuando se pasan al campo revolucionario, aprueben y adopten los puntos de vista de Lenin.

No hay organización estable sin el concurso de los intelectuales. Pero poco a poco el proceso se va invirtiendo. En vez de ser los obreros quienes pidan el concurso de los intelectuales para que les ayuden a desarrollar sus organizaciones, son los intelectuales los que van a buscar a los obreros para desarrollar las suyas. Los intelectuales pasan a ser mayoritarios, mientras los obreros —única clase revolucionaria, etc.— son tan minoritarios que justifican apenas con su presencia la razón de ser del partido, el cual, al cabo de varios años de existencia, sólo ha conseguido atraer a sus filas a un puñado de miembros de la clase que se ha propuesto redimir.

Históricamente, existen ejemplos de organizaciones obreras capaces de no depender de los intelectuales profesionales, como la CNT anarquista. La razón estriba en que no se pretendía respetar el marco de la sociedad en la que vivían, por lo que no necesitaban a los especialistas de esa sociedad. Sólo cuando aceptó las reglas del juego burgués, colaborando en el gobierno de 1936, tuvo que agachar la cabeza ante un enemigo mucho más débil numéricamente, pero compuesto de especialistas de la sociedad burguesa a la que se intentaba defender.<sup>28</sup>

Del militante intelectual profesionalizado ya hemos hablado en los apartados dedicados a los burócratas y a los ideólogos. Nos referimos ahora sólo a los militantes llamados intelectuales por razón de su origen o de su profesión, que aún no se han profesionalizado en la carrera de las ciencias revolucionarias.

Estos militantes suelen reunirse en células, que forman lo que se llama «el sector intelectual». Este sector no tiene unas funciones muy específicas, exceptuando la de proporcionar los cuadros que necesita la burocracia para encuadrar y controlar a los militantes y desarrollar el aparato.

Cabría esperar que este conjunto de intelectuales organizados se dedicaran a elaborar una crítica radical de la sociedad de explotación, en los campos de su competencia: ciencia, arte, literatura, filosofía, etc. Nada de eso. En primer lugar, carecen del tiempo necesario para llevar a cabo una labor seria de investigación. La «reunionitis» es una de las enfermedades endémicas

---

27. *¿Qué hacer?*

28. César M. Lorenzo: *Los anarquistas españoles y el poder*, Ruedo ibérico, París, 1972.

de la oposición clandestina. En segundo lugar, el carácter dogmático de las directivas oficiales del grupo prevalece sobre el aspecto técnico profesional de la cuestión.

En tercer lugar, los intelectuales no están en el grupo para hacer de intelectuales, sino para olvidarse de que son intelectuales, realidad que muy pocos asumen. La Dirección, por su parte, no espera nada de ellos, como no sea las consabidas firmas de «personalidades» para sus numerosas cartas de protesta o denuncia, dirigidas a los organismos públicos. Es más, el PCE ha disuelto, recientemente, el frente de lucha de los intelectuales ociosos, de donde provenían casi todas las escisiones y problemas internos, y los ha enviado a trabajar a los barrios, para que se ocupen en algo práctico y les sirva de profilaxis, por si alguno tuviera la manía de pensar. En lo sucesivo, el intelectual protesta que no acredite una práctica regular, estará desacreditado ante la base y por fundada que sea su protesta quedará descalificada. Con el intelectual sumiso no se será tan severo en la exigencia de una práctica militante.<sup>251</sup>

Los intelectuales son los más propensos a formar camarillas dentro del grupo, cuando no proceden todos del mismo tronco. En BR, por ejemplo, hay fuertes tensiones entre camarillas, por razones religiosas y generacionales, es decir, entre los fundadores, que copan los puestos principales, y los que se han ido añadiendo posteriormente. El sistema suele ser el de dar un puesto en la Dirección al cabecilla de la camarilla, que así se siente representada en el poder. Si no da resultado, se le puede provocar, para que efectúe un acto grave de indisciplina que facilite el pretexto para expulsarle.

En los grupos que aún no han adoptado el sistema del PCE, el sector intelectual sufre una enfermedad congénita de difícil solución: la ausencia de praxis. Los intelectuales novatos que todavía no se han empapado de Althusser están persuadidos de que la teoría sin práctica es estéril, y languidecen acomplejados en las células. Las manifestaciones callejeras son una terapéutica de efectos muy limitados, por eso se les aconseja hacer algo en los barrios. Esta militancia es provisional. De hecho, un intelectual que no se proletarice sólo tiene una opción durable, en un grupo: ambicionar un puesto en la dirección, maniobrando para conseguirlo. Hay que exceptuar a los intelectuales de renombre,

---

29. Antes el PCE concedía a los intelectuales las máximas facilidades para poder militar a domicilio. (Guy Hermet: *Los comunistas en España*, Ruedo ibérico, París, 1972). El PC de Cataluña —PSUC— parece haber eliminado estas facilidades, pues no tenemos noticias de que la práctica se haya generalizado en todo el PCE con carácter normativo.

que poseen otra utilidad: ofrecer al grupo el prestigio que su adhesión le proporciona.

## MALA CONCIENCIA Y BUENA FE

«R» había sido un líder en la Universidad. Buen dialéctico, tenía allí mil ocasiones para lucir su arte oratorio. Asediado por varios grupos políticos se decidió por aquel que ofrecía más perspectivas a la brillante carrera política para la que se creía llamado. Muy sensible a las críticas de izquierda, sabía dar una expresión radical a sus intervenciones, lo que no siempre era del agrado de sus superiores.

Lo del SDEUB supuso el cénit de su gloria personal, pero también su canto de cisne. Se «quemó» y el último curso se lo pasó eludiendo a la policía. Acabada la carrera tuvo que dejar la Universidad, y con ella todo un mundo de militancia irremplazable. Buscar trabajo, casarse, y las reuniones de célula. En la editorial donde entra a trabajar encuentra a muchos compañeros y consiguen organizar algún que otro conflicto, pero su aureola se va mustiando. Ya no le reclaman para hablar en asambleas, ni para establecer contactos. Ahora pasa a ser uno más en el montón de los intelectuales. Las insípidas reuniones de célula, la cotización, la «colocación» de los periódicos, alguna que otra «manif», a eso queda reducida la militancia.

Sobreviene la inevitable crisis en el partido. Va dejando de asistir a las reuniones, hasta que se considera en situación de baja, sin que su caso se formalice, pues los camaradas quieren facilitarle la vuelta al redil. Durante unos meses está como desorientado, descentrado, le falta algo. Con varios compañeros en su misma situación revisan la política del partido y deciden entrar en otro, que parece más dinámico y moderno. Rápidamente, «R», conocido por algunos miembros de la Dirección de este grupo, pasa al comité de sector, encargado de coordinar los diferentes frentes de lucha existentes en una *zona* geográfica determinada. Pero esto exige mucha dedicación, muchas reuniones, mucho papeleo. «R» no está acostumbrado a un trabajo burocrático tan intenso y tan poco rentable desde el punto de vista de lucimiento particular. Solicita el relevo, aduciendo motivos de salud. Se ha resignado a vegetar en una célula: una reunión a la semana, dos manifestaciones mensuales (se las arregla para ir sólo a una), exceptuando los meses de verano, cotización del 10% de sus ingresos, lecturas de Poulantzas, cine forum en Balmes los sábados por la noche. En el trabajo «no hay nada que hacer».

«L» empezó a moverse cuando el despertar de la Universidad, en el curso 1956-1957. De origen católico militante rehuyó la incorporación al PCE. Junto con otros compañeros intentó dar una alternativa organizativa a todos los que, como él, descubrían el marxismo a partir de una militancia en la Acción Católica especializada, o en organizaciones confesionales. Con muchas penas y esfuerzos, el grupo sobrevivió a la represión que se abatió sobre él, pero sucumbió años más tarde, carcomido por las divisiones internas. Debido a la falta de cuadros de los primeros tiempos, «L» ejerció en el grupo todas las especialidades, y algunas simultáneamente: teórico, organizador, ejecutivo, propagandista, activista, sin dejar de especializarse como economista, a la vez que trabajaba en un organismo público. Cuando el partido se desintegró, «L» se planteó seriamente la entrada en otro, pero ninguno le satisfizo plenamente. Hombre inteligente y práctico, no quiso repetir la experiencia. Analizó seriamente las causas del fracaso y llegó a la conclusión de que mientras los obreros no sean capaces de adquirir unos fundamentos teóricos serios y de análisis, suficientes como para dirigir sus propias organizaciones, ningún partido leninista —en el que aún cree fervientemente— será capaz de vencer las contradicciones de su dirección pequeño burguesa. Consecuentemente se ha puesto al servicio de los trabajadores que desean aprovechar sus capacidades profesionales, como economista, sin inmiscuirse en el terreno organizativo de quienes solicitan su concurso. Mientras, «L» se perfecciona en su especialidad, con la esperanza de ser algún día útil a la revolución.

Lo que caracteriza, inicialmente, al intelectual revolucionario profesionalizado es su mala conciencia y su buena fe, cosas ambas que no reemplazan la conciencia de clase.

La mala conciencia proviene de su *status* social (sueldo, vivienda, relaciones, diversiones, etc.), en contradicción con sus ideas revolucionarias. Ante los obreros está acomplejado, temeroso de sus críticas.

Los intelectuales más radicales, más acomplejados, más idealistas y menos inteligentes intentan suprimir esa contradicción que les atormenta proletarizándose. Ya nos hemos referido a ellos. El fracaso de todas esas experiencias (raras son las que han durado más de seis meses) acabó con esta moda. Al intelectual ya no le quedan más que dos salidas para sublimar su contradicción fundamental. De la primera, integrarse en un partido y burocratizarse, ya hemos hablado ampliamente. La segunda solución es la de quienes opinan, como «L», que la revolución necesitará en su día buenos profesionales y que más vale

prepararse ahora a conciencia en su profesión, manteniendo esta perspectiva de servicio para el futuro. Mientras, están dispuestos a colaborar en cursillos, análisis, trabajos teóricos, etc. Esta postura supone una gran honradez, ya que no se intenta sacar ningún tipo de provecho personal, excepto acallar su mala conciencia. Y supone también una gran candidez, para no darse cuenta de la utilización de que se está siendo objeto por parte de algunos lidercillos con ínfulas pretorianas.

El problema sigue en pie: ¿Cuál es el papel del intelectual revolucionario y cómo desempeñarlo?





### III. El ocaso de los héroes

El voluntarismo tiene un límite que viene marcado por la edad de la contemporización. Nos referimos, por supuesto, al tipo de voluntarismo militante del que venimos hablando aquí, motivado por consideraciones ajenas al odio profundo e inextinguible que sólo nace de la miseria y de la humillación experimentadas en carne propia.

Sólo se lucha toda la vida cuando es una necesidad vital para la propia supervivencia. Por eso, consideramos inadecuado el sentido que se da normalmente a la palabra «militancia», entendida como actividad separada, exterior a la clase. Militancia, en sentido propio, equivale a combatividad. Un soldado en tiempo de guerra podrá ser más o menos combativo, pero no puede dejar de ser militar las 24 horas del día. El problema es que en vez de sentirse movilizado en permanencia, el explotado «milita».

Al no responder la militancia (en el sentido impropio que le es usual y que nosotros seguiremos utilizando) a un interés vital, sólo ofrecerá garantías de continuidad cuando encuentre una motivación poderosa que le sirva de sostén. La clase burocrática la ha encontrado, abandonando el proyecto revolucionario para dedicarse a la especulación sobre la toma del poder, de «su» poder.

Cuando a los 30 años, edad en la que ya no apetece correr delante de un «gris», no se ha conseguido una «buena plaza» en el *ranking*, se buscan otras formas de militancia menos exigentes y más tranquilas, o se abandona con todas las atenuantes posibles.

La LCR no da facilidades a lo «viejo». Por eso, su expansión se limita cada vez más a los colegios o institutos de segunda enseñanza. El PCI no atrae a causa de su inestabilidad ideológica y de su violento pasado, que le hizo vulnerable e inoperante. BR, en cambio, ofrece un buen refugio a las profesiones liberales, comerciantes y otros pequeño burgueses para quienes militar es un *hobby* «que llena sus horas pero no sus vidas». No en vano se calcula que en este grupo sólo un 20% de sus miembros

acude regularmente a las manifestaciones por él convocadas. El resto dispone de un estatuto especial: unos —profesores de universidad, abogados, intelectuales, artistas, etc.—, por ser muy conocidos; otros, por ser cuadros que deben preservarse; los fichados, por fichados; los burócratas, por burócratas.

Si no se ha encontrado y aceptado ese puesto tranquilo en los servicios auxiliares, se sufre la famosa crisis de militancia. El voluntarismo romántico, místico o humanitario del principio se ha ido gastando a causa de la monotonía de unas acciones estériles, de unas órdenes absurdas y de una disciplina sin sentido. Sin embargo, cuesta dejar «todo aquello», y se intentará retrasar la separación. Muchas veces es el propio grupo el que acelera este proceso, pues si bien sufre de carencia de cuadros, es incapaz de absorber a un militante maduro, con experiencia y juicio crítico, que no esté controlado por su participación en una instancia burocrática importante. La Dirección prefiere este trasvase constante de nuevos militantes que llegan y antiguos militantes que se van. Los nuevos aportan entusiasmo, inexperiencia y sumisión. Los antiguos se llevan críticas y problemas.

Aunque no sea propiamente el objeto de nuestro trabajo, dedicaremos unas páginas a la contemplación del posmilitantismo, fenómeno más conocido por el nombre de «los ex». Su interés es anecdótico más que sociológico, pues su número es relativamente escaso.

### **1. Un oficio sin futuro**

Bajo la palabra «militancia» se encierran realidades muy diversas, que responden a la idea que cada uno se hace de lo que debe ser su participación en el esfuerzo colectivo por la construcción del partido. Desde el burócrata para quien el grupo es toda su vida, hasta el intelectual que quiere tranquilizar su conciencia pequeño burguesa caben todos los niveles de militancia. Sin embargo, no se puede estar en estos grupos como quien está en un club, sin sentirse concernido en su vida privada por la marcha del mismo. De una manera u otra, la militancia modifica nuestro quehacer cotidiano, aunque sólo sea por los riesgos que comporta y por el desencaje que supone respecto al resto de nuestras actividades. Es cierto que la exigencia no es la misma en todos los grupos de izquierda, pero incluso en BR es obligatoria la reunión de célula, y se recomienda vivamente la asistencia a las manifestaciones programadas por la Dirección. Prescindiendo de estos casos, nos referiremos al militante activo que se ha tomado la militancia con entusiasmo, porque cree en el grupo, en «su» grupo.

Sería fácil establecer la curva de militancia a partir de dos coordenadas que podrían representar el tiempo que se lleva en el partido y la función que se cumple en él.

Cuando se acaba de ingresar en un partido, se adopta una actitud moderada y cautelosa, si es sincera. El militante hace lo que le dicen, con entusiasmo variado, pero no entiende que deba modificar toda su vida. Pero poco a poco, va entregándose a una actividad exaltante a la que acaba por consagrarse completamente. Su vida va cobrando un sentido que no tenía antes, y se siente dignificado por su participación en una causa superior, que ocupa la cúspide de una nueva escala de valores. Si en ese momento recibe alguna responsabilidad en el grupo, la magnitud de la tarea que le ha sido encomendada aplasta en él cualquier otra consideración. El universo burocrático, en cuyo primer escalón se encuentra, le sobrecoge, y le agujonea pensar que algún día entrará a formar parte del pequeño cenáculo que está llamado a regir los destinos del país.

Se inicia entonces el periodo de profesionalización revolucionaria, etapa atractiva y absorbente que no sólo hace olvidar la vida privada, sino hasta la propia lucha contra el sistema. El crecimiento del partido, su propaganda, su organización, sus querrelas con la competencia, las luchas internas entre las tendencias y camarillas, hay de qué ocupar una vida.

#### EL MILITANTE, HOMBRE APARTE

El proceso que acabamos de describir está íntimamente relacionado con el proceso de sectarización. A medida que el partido aparece como un todo en sí y se convierte en el criterio último y único, todo lo demás se valora según la referencia que guarda con ese criterio.

Esta conducta funcional, aplicada a todos los niveles de la existencia, acaba por configurar un nuevo sentido de la vida y del hombre. Se rechazan los sentimientos de ternura y afecto, que ablandan al revolucionario. Con el otro sexo se procurará establecer relaciones puramente específicas, para no caer en el exclusivismo burgués. La perspectiva de paternidad debe excluirse, y con mayor rigor aún la maternidad. Una pareja militante anuncia siempre con rubor el nacimiento de su hijo. Los que ya están casados y con hijos cuando reciben la revelación revolucionaria deben apresurarse a deshacer el yugo familiar, aunque el cónyuge comparta sus opiniones. La poesía, la música, el arte en general, sólo es válido cuando sirve como medio de propagación de los ideales propios o, como mínimo, cuando canta la lucha de clases, según el realismo tan apreciado por Stalin. A

fuerza de especializarse (¿en qué?) estos militantes van perdiendo universalismo. Viven en un universo cerrado que pretende ser el ombligo del mundo. De los dos impulsos fundamentales del hombre, amor y odio, sólo experimentan este último. Un revolucionario, dicen, debe de tener gran capacidad de odio, para luchar sin concesiones ni sentimentalismos contra sus enemigos burgueses. Pero resulta que en el reducido universo en el que se encuentra, el revolucionario lucha más a menudo contra otros revolucionarios como él, pero militando en otros grupos, que contra los propios capitalistas. ¿Cómo se expresa, en cambio, el amor hacia la clase que pretenden salvar?

La ausencia de sentimientos es, sin duda, la característica que más sorprende en los jóvenes militantes de estos grupos. Recuerdan los ejecutivos de empresa, tal como los desea el neocapitalismo, agresivos, duros y sin escrúpulos. Se nota, casi físicamente, que el interés que uno despierta en ellos responde al grado de utilización que esperan obtener, lo que puede medirse exactamente por el tiempo que dedican a cada persona. Esta es una de las causas, a nuestro juicio, que impiden la popularización de los grupos leninistas en España, y que explican, en cambio, el rápido desarrollo que tuvo el anarquismo. El estilo es tan diferente que sería absurdo creer que los dos pueden coexistir con éxito.

La práctica militante que estos grupos postulan, produce un tipo raro de hombre que no piensa, ni siente, ni habla, ni se viste, ni ríe, ni se divierte, ni ama, ni sufre, ni vive con sus contemporáneos. Estos podrán admirarlos o despreciarlos, más probablemente ignorarlos, pero en todo caso no los seguirán, porque por lógicos que puedan parecer sus argumentos, ni lo que dicen ni lo que hacen es atractivo, ni encaja en las categorías mentales de aquellos a quienes va dirigido el mensaje revolucionario.

Concluyendo, el militante es un ser marginado. Si lo admite y es capaz de sacar partido del aspecto extraordinario del que está revestido su personaje, podrá conseguir algunas adhesiones personales. Si se niega, honradamente, a jugar un papel, a convertirse en un personaje, lo máximo que podrá conseguir es dar un testimonio, anunciar la causa por la que vive y lucha. Pero entonces convierte la revolución en una mística, en la «buena nueva». No es casual que, en España, las filas de la revolución se nutran de católicos e incluso de eclesiásticos, atraídos por esta mística moderna.

## LA RUTINA COTIDIANA

La repetición de actos similares de carácter simbólico gasta su significado. Con el tiempo, la convicción de ser el ombligo del mundo, que es la característica de todo grupo joven, va dejando paso a cierto escepticismo. No está muy claro que las masas participen del mismo entusiasmo, ni se palpa que la revolución avance. Si se habla con alguien que no pertenezca al círculo de los iniciados, nos sorprende que las hazañas que hemos protagonizado no estén en la boca del pueblo, como las gestas heroicas cantadas por juglares espontáneos. No se nos conoce. Y lo que es más grave, sus centros de interés y preocupación están a considerable distancia de los nuestros. Las «masas» se emocionan más por un gol de Cruyff que por los 20 años de condena impuestos a Camacho.

Desgraciadamente, estos descubrimientos no llevan a ninguna conclusión operativa. La ideología suministra las razones de tipo ético que ayudarán a superar estos baches: «Yo no podría vivir sin el partido y sin la militancia, que es lo que llena mi vida y la hace útil», etc.

Pero el entusiasmo inicial va desapareciendo. La fe ciega en la revolución próxima va cediendo terreno, que sólo puede ser llenado recurriendo a los servicios del voluntarismo. Las acciones se hacen «porque hay que hacerlas», sin el entusiasmo de los combatientes que luchan con la esperanza puesta en una rápida victoria. Prescindiendo de los militantes burocratizados que tienen sus estímulos propios, un militante normal, acaba adaptándose a la nueva vida de clandestinidad, cegando así la principal fuente de emoción proporcionada por la conciencia de vivir peligrosamente. Tampoco se siente, a la larga, tan distinto a los demás ya que el círculo de sus relaciones se reduce, hasta abarcar casi exclusivamente a quienes llevan una vida semejante a la suya.

Lo que más «usa» son las acciones. A fuerza de asistir a manifestaciones fantasma, a un ritmo mínimo de dos o tres mensuales, de encontrarse siempre los mismos, de gritar los mismos *slogans*, de dar las mismas carreras y de obtener los mismos resultados, se acaba efectuando estas acciones mecánicamente y por disciplina, pero sin entusiasmo. Lo mismo ocurre con la tirada de octavillas. Cada vez que sucede algo en el país o en el extranjero que lesiona o atañe a la causa revolucionaria, el grupo se cree obligado a hacer pública su opinión por medio de octavillas, que luego se tiran por millares en puntos concurridos. La primera vez que se efectúa una de estas «tiradas»,

«regadas» o «siembras», se está sobrecogido por la emoción del riesgo y la importancia del llamamiento. Cuando empezamos a curtirnos en el arte de la «siembra», la emoción disminuye, pues nos damos cuenta de que el riesgo no es excesivo, a pocas precauciones que se tomen. Por otra parte, los efectos de nuestra tirada no se dejan sentir. Nueve décimas partes de las octavillas quedan en el suelo y son recogidas a los pocos minutos por los servicios especiales puestos a punto por la policía. Salvo en el caso de que las octavillas se refieran a un hecho concreto que afecte directamente a los trabajadores en aquel momento, las octavillas apenas se leen y se comentan aún menos. Y a medida que crece la inflación octavillera, peor. Así, nuestra fe en la virtud mágica de aquellos pedacitos de papel va desapareciendo. La tirada se convierte en un trabajo rutinario, pesado. Muchas veces suele hacerse de madrugada, pocos minutos antes de la entrada al primer turno de las fábricas. Los estudiantes pueden volverse a la cama, si lo desean. Los trabajadores tienen que esperar una hora o dos en un café, si encuentran alguno abierto a esas horas, esperando que abran las puertas de la fábrica.

Finalmente, la fatiga puede más que el entusiasmo, vista la escasa eficacia de la acción. Los dirigentes, para romper una monotonía que juzgan, acertadamente, desmoralizante para los militantes y peligrosa para la estabilidad del grupo, estudian nuevos sistemas, más emocionantes, de distribución de octavillas. Uno de ellos consiste en entregarlas a mano en la entrada o en los pasillos de un metro, o a la salida de una fábrica. El método es más eficaz, pues se pierden menos octavillas. Por otra parte, los trabajadores aprecian estas «machotadas», que exigen organizar un comando protector armado con barras de hierro. Otro sistema consiste en organizar campañas masivas de agitación, poniéndose de acuerdo varios grupos. Si a la propaganda escrita, distribuida entonces en cantidades apreciables, se añaden algunas acciones espectaculares, se puede llegar a crear una cierta sicosis de terror entre los burgueses. Esto sólo se consigue cuando el PCE participa en la campaña. Pero últimamente este partido manifiesta mucha reticencia en participar en acciones comunes de cierta envergadura, porque la experiencia le ha enseñado que acaba por ser arrastrado más allá de lo que su estrategia de alianza con todas las capas sociales antifranquistas se lo permite. El ejemplo de la movilización conseguida con ocasión del proceso de Burgos ha creado entre los grupos la nostalgia de tal tipo de acciones, ya que por vez primera protagonizaron la actualidad nacional. Desde finales de 1972 se esperaba con ansiedad el proceso 1001, del cual no podía desen-

tenderse el PCE. Pero ni el hecho tenía la misma repercusión emotiva, ni las circunstancias eran las mismas. Afortunadamente, la voladura de Carrero Blanco, ocurrida el mismo día del proceso sirvió de tapadera a lo que fue un lamentable fracaso. Se intentó repetir, aunque tarde, la experiencia con la campaña de protesta por la ejecución de Puig Antich. Pero aquí el PCE sólo participó para cubrir las formas; BR y PCI tampoco mostraron excesivo entusiasmo creyendo que las movilizaciones no tendrían éxito.

Algunos militantes obreros se compensan con la actividad que desarrollan en las empresas, y los estudiantes con la actividad universitaria. Pero tanto en la empresa, en CO, como en la Universidad, la falta de imaginación puede transformar cualquier acción en rutina, a fuerza de repetirla. El universitario, sin embargo, dispone de más recursos que un trabajador, para romper la inevitable monotonía. En verano goza de tres meses completos, que suele aprovechar para irse al extranjero, entrar en relación con otros grupos afines y dedicarse relajadamente a «interiorizar» la experiencia pasada, o a preparar —los dirigentes— las acciones futuras. Es lo que se llama pasar unas «vacaciones revolucionarias». En invierno, la monotonía de la militancia está entrecortada por los chismes políticos y la agitada vida erótico-sentimental, lo cual proporciona el estimulante necesario para mantener el *tonus* revolucionario.

En CO, el peligro de la monotonía acecha más severamente a los militantes de base, no sólo por serles más difíciles esas válvulas de escape, sino porque el sistema actual que agrupa a los militantes según su obediencia política, incluso en CO, suprime el interés de las polémicas constantes y de las luchas por la adopción de una estrategia determinada. No hay nada más aburrido que una reunión o asamblea de las CO de «sectores», donde el líder obrero, el coordinador y el comisario político de turno están sincronizados para llevar a unos militantes apáticos hacia posturas previamente decididas.

Son pocos los que resisten mucho tiempo la erosión de la monotonía que corroe a la base. Los que no pasan a formar parte del aparato van desapareciendo, pura y simplemente, gastados por una militancia agobiante y sin perspectivas. Como decíamos al hablar de la edad de la militancia, militar en un grupo es una cuestión de juventud. Y al paso que van algunos grupos, pronto podrá decirse que es cuestión de adolescencia.

## 2. Los «ex»

Nadie que haya militado un poco intensamente, aún cuando hubiera sido pocos meses, puede olvidar ese periodo de su vida, quizás el único en el que se sintió plenamente reconciliado consigo mismo. La lucha por impedir que los restos desvaídos de esa imagen desaparezcan totalmente, es lo que caracteriza a la mayoría de aquellos que han dejado de militar. Afortunadamente, la ideología acude también en socorro de los «ex», para acallar cualquier sentimiento de culpabilidad, facilitándoles unas formas atenuadas de militancia que satisfagan sus disponibilidades actuales.

### LOS POLÍTICOS Y LOS TEÓRICOS

Un amplio sector de «ex» alimenta ambiciones políticas. Suelen ser gente que han pasado de los 35, sin problemas económicos. Su retirada de la militancia encuadrada es estratégica. Sin fe en ningún partido de los que existen actualmente, prefieren mantener relaciones cordiales con todos o casi todos los grupos que puedan ejercer alguna influencia política el día de mañana. Su actividad es la preparación para ese futuro, en el que cuentan jugar un papel importante. Posan siempre a lo candidato electoral, dignos en el porte, deferentes y amables con todos. Suelen ejercer profesiones liberales y utilizan sus cargos para facilitarse los contactos y relaciones tan indispensables para preparar el futuro con el que sueñan.

Además de los gestos espectaculares ineludibles (presidir una asamblea semilegal, dar charlas sobre temas candentes, firmar un documento al lado de un centenar de intelectuales, etc.), están dispuestos a efectuar servicios que les popularicen entre la actual oposición, asegurándose previamente que el margen de riesgo esté bien calculado. Su preocupación es aprovechar la espera, procurando irse formando la futura clientela electoral.

Otro sector de los «ex», menos parásito que el precedente, aunque con objetivos parecidos, está formado por quienes han elegido un tino de militancia puramente intelectual. Ya hemos hablado de ellos en el capítulo anterior. Partiendo de la base de que la historia y las ciencias sociales han estado muy abandonadas en España estos últimos tiempos, lo cual es cierto, creen que constituye una militancia muy válida dedicarse profesionalmente a esta labor.

Es evidente que los «ex» incluidos en esta categoría se han adjudicado un trabajo que les satisface personalmente y les



compensa el vacío de militancia práctica. Los peligros de aburguesamiento son reales, pero no son los más insidiosos. Lo peor es que una investigación separada de la práctica diaria de la clase puede incorporar elementos burgueses a sus conclusiones.

La caricatura de este grupo la constituye la difunta *gauche divine*, cuyos sofisticados intelectuales y artistas catalizaron el cachondeo, hoy más difuso, de la progresía catalana.

Finalmente, encuadraríamos en un tercer grupo a aquellos «ex» que adoptan una actitud vergonzante frente a su pasado y a sus antiguos compañeros. Este grupo es el más numeroso de los tres que estamos describiendo. Completamente aburguesados, ya no pretenden jugar ningún papel en pro de la causa. Sólo piden que no se les margine completamente, que se les pase información, que se les siga considerando en la oposición. A cambio, están dispuestos a hacer servicios, cotizando informalmente, prestando su casa para reuniones, su coche, etc. Esto les diferencia de los demás burgueses con los que se codean diariamente, les ayuda a conservar una parcela de su antigua dignidad.

Demasiado lúcidos para engañarse totalmente sobre su verdadero papel en la historia, sólo intentan agarrarse a aquel recuerdo tan lejano, evitando que se les confunda con la clase a la que realmente pertenecen.

## LOS DESENGAÑADOS

Una categoría diferente la forman todos aquellos que han cortado el cordón umbilical que les unía a la causa revolucionaria. El tipo de ideología que les unía está cimentado en el sentido común y en una interpretación pretendidamente realista de la historia. Caben dos modalidades de expresión diferente dentro de esta categoría, a las que distinguiremos con los nombres de «agnóstica» y «cínica». Los agnósticos posibilistas no creen en la viabilidad de la revolución en nuestra época, en un país capitalista. Consideran las dificultades inherentes a tal empresa a través de la lupa de su ideología, y las convierten en imposibilidades. Los errores y deficiencias de la oposición son pruebas «evidentes» que refuerzan sus puntos de vista. Ellos han elegido el único camino «realista» que no conduce a un callejón sin salida. Además, la clase obrera cada vez posee un nivel adquisitivo más elevado, la sociedad de consumo iguala las clases sociales, etc. ¿Quién desea realmente la revolución? ¿Cómo y cuándo se realizará? Cada vez es más difícil responder a estas preguntas.

De hecho, los agnósticos, igual que los cínicos, han adoptado totalmente las formas de vida, la mentalidad y los intereses de la clase explotadora. Evitan la sociedad de los revolucionarios y sólo soportan a los liberales, capaces de discutir serena y desapasionadamente.

Los «cínicos» adoptan una postura similar en lo fundamental, pero en vez de razonamientos fundados en el sentido común prefieren utilizar el arma corrosiva de la ironía. Los revolucionarios son todos unos sicópatas con ideas románticas ochocentistas. Ironizarán sobre todo lo que venga a contradecir esta imagen estereotipada por su ideología y subrayarán lo que la favorezca. Los cínicos no abordarán nunca en serio el fondo del problema. En realidad, para ellos no hay problema, como no sea el de descubrir los aspectos más ridiculizantes de todo tipo de oposición.

Cuando dentro de algún tiempo se efectúe la liberalización que permita un cierto juego político, surgirán numerosos los ilustres desconocidos que se autoproclamarán representantes del pueblo, enarbolando dudosos méritos de sus épocas juveniles. El haber pasado unos días en la comisaría o en la cárcel es un capital que algunos guardan celosamente, esperando el momento en que sea cotizante en la bolsa de los valores liberales. Entonces se comprenderán muchas actitudes y se desvanecerán muchos equívocos.

### **3. «Dime por lo que luchas...»**

Si tuviéramos que resumir en un solo pensamiento todo lo que hemos querido expresar en este libro, nos inclinaríamos por profundizar el sentido de la diferencia que existe entre ser revolucionario o ser un técnico de la toma del poder. Y es que, de hecho, existe esta oposición que, a nuestro juicio, resume las dos posturas básicas que se dan hoy en nuestro país.

El revolucionario, al tiempo que lucha contra la estructura opresora, para destruirla, debe ir pensando en el tipo -de organización de la sociedad que considere más acorde con los valores por los que lucha. Aunque estos valores no pueda construirlos al nivel de toda la sociedad, intenta desarrollarlos en el pequeño universo en el que se mueve, suprimiendo las relaciones de dominación en sus relaciones con los demás y en el seno mismo de la organización en la que milita.

El técnico del golpe de Estado, en cambio, retrasa cada vez más la aplicación de los valores por los que dice luchar, subordinándolos al hecho físico de apoderarse del Estado. La expe-

riencia histórica, sin embargo, demuestra que el aplazamiento de la revolución no termina con la toma del poder. El partido bolchevique que toma el poder en 1917 reprime las huelgas de trabajadores de Petersburgo, en 1921, y arrasa la revolución en Kronstadt. El centralismo y el secreto de las deliberaciones de la Dirección, que según Lenin eran medidas transitorias debidas a las exigencias de la lucha contra el capitalismo en situación de clandestinidad, continúan en el Estado socialista. Se elimina a la oposición, tanto de derecha —menchevique— como de izquierda —socialistas revolucionarios— y se llega a la necesidad del partido único, amparado en el terror, como medio habitual de gobierno. La democracia en las decisiones se convierte en el sistema del voto unánime.

Los revolucionarios saben que si no se van educando en la práctica concreta y actual de la libertad, si su responsabilidad se va diluyendo en cantidad de instancias mediadoras, se encontrarán con que habrán hecho una revolución inútil.

Los técnicos de la toma del poder, por su parte, saben que lo más peligroso para ellos es el desarrollo de una auténtica conciencia revolucionaria entre los trabajadores. Cuando la revolución se personaliza en cada militante, cuando se convierte en una necesidad viva que no deja lugar para acomodamientos o retrasos, el papel de los técnicos deja de ser predominante. Sin ponerse previamente de acuerdo, todos los burócratas e ideólogos de los grupos leninistas han coincidido en su escaso interés por todos los temas que supongan una exaltación del ideal revolucionario. Juzgúese por su propaganda. No conocemos ni un solo grupo que haya dedicado el más mínimo espacio a tratar de forma convincente el tipo de sociedad por la que se supone que luchan. Las rápidas y escasas referencias sobre el particular no salen de los tópicos clásicos: «Una sociedad sin clases donde se abolirá la propiedad privada de los medios de producción y donde se instaurará la dictadura del proletariado». Escueto y lúgubre. ¿Cuáles serán las relaciones que se establecerán entre todos los hombres, en esa nueva sociedad? ¿Qué sentido tendrá el trabajo? ¿En qué se emplearán los tiempos libres? ¿Cuáles serán los estímulos de la nueva sociedad, si se suprimen el espíritu de lucro y la competencia? ¿Qué valores surgirán, que venzan los atractivos de la sociedad de consumo?

Plantear estas cuestiones es peligroso, porque puede proporcionar al proletariado la ocasión de que tome conciencia de su verdadera fuerza y de su capacidad para poner en marcha esa sociedad, sin necesidad de intermediarios. Y esto es grave. Frente la prioridad del cambio de estructuras como condición

previa a todo posible cambio de conciencia, el partidario de la autogestión ofrece una relación dialéctica entre el funcionamiento de las instituciones y la educación de los individuos por su real participación en ese funcionamiento.<sup>30</sup>

30. Garaudy: *L'Alternaire*, París, 1973. (Existe traducción castellana de Cuadernos para el diálogo.)

